

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

laberinto de asfalto

CURTIS GARLAND



SS **SERVICIO SECRETO**



CURTIS GARLAND

LABERINTO DE ASFALTO

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.152

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 31.496 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1972

© CURTIS GARLAND - 1972
texto

© JORGE NÚÑEZ - 1972
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.145. — El manuscrito del Destripador.

En Colección PUNTO ROJO:

535. — La noche en que fui muerto.

PROLOGO

Lo sabía.

Ahora lo sabía todo. O casi todo.

Era terrible. Demasiado terrible, incluso, para creerlo. Pero era así. Lo había descubierto en el archivo. No había error sobre ello. El archivador no mentía. No podía mentir. Cada uno de los datos allí reunidos era exacto, fidedigno. Cada ficha archivada, era una total, perfecta recopilación de informes. Informes personales. Ciertos. Indiscutibles.

Y él... él había encontrado súbitamente aquella ficha.

Por pura casualidad. Por puro azar. Un azar acaso inverosímil. Pero había sucedido. Y ahora lo sabía. Conocía el secreto.

Un secreto candente. Un secreto demasiado peligroso para conservarlo él solo. Un secreto mortal...

Se había quedado pálido. Lívido. Estaba seguro de eso. A pesar de que no había espejos donde contemplarse. A pesar de que no pudiera verse a sí mismo, lo sabía. Estaba como un muerto. Incrédulo, aturdido. Estupefacto. Y asustado. Muy asustado.

Supo que tenía miedo.

Miedo por su vida. Miedo por sí mismo.

Estaba encarado a un secreto que ya aparecía bañado en sangre. Era un secreto de muerte. Alguien que lo supo antes, murió. Entonces fue de apariencia accidental. Sólo apariencia. En realidad fue un asesinato. Un brutal y frío asesinato.

Ahora lo entendía. Ahora. Cuando era demasiado tarde para echarse atrás para cerrar aquel archivador, para olvidarlo...

No. Había cosas que no era fácil olvidar. Él sabía que, cuando se viese ante alguien, ante aquella persona, se sentiría nervioso, inquieto. Y aquella persona era demasiado lista para no advertirlo, para no darse cuenta de que él... él sabía. Le vigilaría, estudiaría sus movimientos, sus gestos, observaría que él pretendía eludirle, rehuir la mirada... y eso sería su sentencia de muerte.

Muerte...

El pensamiento era terrible. Se estremeció, frotándose los labios resacos con el dorso de la mano, en un gesto lleno de nerviosismo. Miró en torno, a la frialdad luminosa y aséptica del recinto, a los blancos y verdes pálidos de los largos corredores, a las estructuras lineales, frías, modernas, de la arquitectura de aquel edificio.

«Muerte...», musitó para sí, roncamente, en la silente soledad de aquel ala del edificio en que se hallaba en esos momentos, encarado al pavoroso, siniestro secreto recién descubierto.

Cerró de golpe el archivador. Llevó la ficha hasta el bolsillo. Vaciló luego. Miró en torno. Sus ojos se fijaron en la fotocopidora. La rechazó mentalmente. Luego llegó su mirada hasta la máquina reproductora que convertía en microfilm, automáticamente, cualquier documento o volumen.

Sus ojos brillaron tenuemente. Avanzó, con un hondo suspiro. Puso en funcionamiento el mecanismo microcinematográfico. Miró en derredor, preocupado. El suave zumbido del aparato, en aquel silencio denso, agobiante, casi irreal, parecía ensordecedor. Tembló su mano al situar la ficha bajo el objeto fotográfico. Presionó el resorte. Zumbó la película al pasar.

Luego, apagó. Cesó el zumbido. Regresó al archivador. Introdujo la ficha en su lugar de origen. Cerró. Nadie podría advertir ahora que habían hurgado allí dentro.

Volvió a la microcopiadora. Tomó el microfilm, que salía automáticamente por una ranura. Estaba formado por cuatro fotogramas diminutos, de dos milímetros, que al situar ante la ampliadora, proyectó nítidamente la imagen de la ficha sobre una pantalla de vidrio adecuada.

Apagó todo eso. Tomó unas tijeras de un estante. Hizo cuatro trozos con los cuatro diminutos fotogramas recién obtenidos, húmedos aún con olor a celuloide.

Guardó uno en su zapato entre la suela y la plantilla. Otro, tras la tapa de su reloj. Un tercero, en el forro de su bata de trabajo, tras descoser unos hilos que ahora inmediatamente, se cuidaría de repasar, borrando toda huella de descosido.

El cuarto microfilm lo retuvo en sus dedos, con aire pensativo. Luego sonrió burlón. Y lo situó donde había pensado hacerlo.

Respiró satisfecho. Era una forma de guardar precauciones. Salió del gabinete. Cerró tras de sí, después de mirar a un extremo y otro del largo corredor crudamente iluminado, vacío y silencioso, en el que sus pisadas resonaron huecamente, al caminar presuroso hacia su alojamiento en el amplio recinto.

Avanzó por entre la hilera de puertas, decidido, con cierta confianza en sí mismo, tras la maniobra realizada. Dejó atrás una esquina de otro corredor, alcanzó la siguiente, por dónde había de doblar, para dirigirse al ala del edificio donde se alojaba él en las noches en que le correspondía servicio de guardia dentro de aquel inmenso cubículo vertical que era el edificio.

—¿Adónde va tan aprisa, profesor Warren?

Y la mano, firme, súbita, se apoyó en su hombro, frenándole en seco, y haciéndole lanzar un brusco gemido de terror.

Se volvió, con ojos dilatados, mortalmente pálido. Encontróse con el rostro sonriente, aunque grave y pensativo. Respiró hondo.

—¡Oh, usted...! Usted, doctora Nilsen...

—Claro. ¿Quién esperaba que fuese a estas horas, y por estos lugares, profesor? —respondió ella afablemente.

—No... No sé... Me cogió tan de sorpresa que... que me asustó.

—¿Asustarse el profesor Warren? —ella rio entre dientes, suavemente—. Vamos, vamos, profesor, no bromeo...

—No bromeo —jadeó él—. No bromeo, se lo aseguro... Esta soledad, la noche, el edificio mismo... Creo que llego a ponerme nervioso, doctora, cuando me corresponde un turno de noche.

—No debe preocuparse por nada —rechazó la doctora, sonriente—. Este es un lugar seguro a pesar de su importancia científica y política. Nunca sucedió nada en él. ¿Por qué había de suceder ahora, profesor Warren?

—Sí, es cierto —trató de mostrarse él tranquilo, indiferente—. ¿Por qué había de suceder ahora? Disculpe mi debilidad, doctora. Creo que cuando uno se hace viejo, cambia mucho. Y no para mejorar, precisamente.

—De todos modos, si quiere una taza de café, venga conmigo. Tengo una jarra en mi oficina, y puede usted...

—No, gracias, doctora. No necesito café, palabra. Buenas noches.

—Buenas noches, profesor Warren.

Ella se quedó atrás. El profesor avanzó por su camino. Oyó luego el taconeo de ella, alejándose en sentido inverso. Poco después, el silencio volvía a enseñorearse de los largos corredores, en torno al profesor Herbert Warren, del Departamento de Biología y Cibernética Biológica (o Biocibernética), de la Sección de Estudios Científicos y Técnicos del Gobierno de Estados Unidos.

Y con el silencio y la soledad, volvía a enroscarse, helado y viscoso, el más vivo de los terrores, en torno al hombre que, casualmente, por puro accidente, acababa de descubrir algo fundamental y terrible sobre una persona de aquel Departamento.

Una persona de la que nadie, jamás, podría sospechar cosa alguna.

Y menos, aquello.

Aquello que él sabía. Y que daba a su vida el mínimo valor posible.

Todo dependería de una cosa: de que el profesor Warren no supiera disimular, al llegar el momento.

Y estaba seguro de ello. Trágica, sombríamente seguro; no sabría disimular.

Aunque sabía que eso sería su sentencia de muerte.

Su inapelable sentencia de muerte, a manos de un ser despiadado. De un ser que, por encima de todo, debía de mantener secreto aquel dato terrible del fichero. Aquel dato que quizá él mismo ignoraba, porque de otro modo, no lo hubiera dejado allí, entre las fichas archivadas, al alcance de cualquiera.

Claro que ahora el profesor Warren creía tener una autodefensa práctica, con aquellas copias en microfilm, pero, ¿sería ello suficiente para detener su mano homicida?

El profesor Warren lo dudaba mucho. Quizá por ello mismo, decidió que era mejor antes que nada, comprobar si aquellos datos oficiales, ultra secretos, puramente científicos, poseían, llegado el caso, alguna fuerza legal, alguna posibilidad de evidencia oficial contra alguien, por remoto que ello fuese.

Y apenas hubo entrado en su oficina, cerró la puerta con rapidez, pasó el pestillo y se inclinó sobre el teléfono de su mesa de trabajo. Lo descolgó.

—¿Número de Sección, por favor? —preguntó, monocorde, la operadora de la centralita.

—Línea, por favor. Voy a llamar al exterior —dijo el profesor, sintiendo que la transpiración corría por su rostro.

Oyó el «clic» peculiar. Ya había línea. Marcó un número, febrilmente. Esperó.

Allá, en la distancia, una voz sonó apagada:

—Departamento Central de Policía. ¿Dígame?

—Deseo hablar con el capitán Hendrick —dijo roncamente Warren—. De Homicidios.

—El capitán Hendrick, de Homicidios. No sé si está. Un momento, por favor... ¿De parte de quién?

—De un amigo; el profesor Warren. Herbert Warren, del Departamento de Biología y Biocibernética del Gobierno. Es urgente, por favor.

—Espere.

Esperó. Esperó tenso, preocupado, profundamente in quieto.

Esperó. Y le pareció que esperaba demasiado. No se oía nada. Ni un sonido. Ni un roce en la línea. Impaciente, se frotó el rostro con la mano. Golpeó la horquilla, para avisar a la centralita, aunque fuese para repetir la llamada.

El sudor se hizo más copioso. Tragó saliva. No sonaba nada. El teléfono estaba completamente silencioso. Lo colgó, temblorosa su mano.

Volvió a alzarlo. No dio señal de llamada. Le centralita no respondió.

La idea le asaltó, con un impacto helado: ¡cortado!

Habían cortado el teléfono...

Frenético, tiró el auricular, sin colgarlo. Miró con profundo horror el teléfono silencioso. Ni línea con el exterior... ni con la centralita. ¿Qué sucedía?

Temía lo peor. Lo peor de todo.

Miró en torno, angustiado. No tenía otro teléfono supletorio. Y de haberlo tenido, quizá sería igual. Estaría también cortada la conexión.

Pero había un teléfono cercano. En la oficina del profesor Carter. La contigua. El profesor nunca cerraba su oficina. El teléfono estaba a solo unos pasos de él. Pero tenía que abandonar su propio despacho, salir al exterior, al pasillo, entrar en la puerta inmediata.

Se acercó, pisando de puntillas, a la puerta. La moqueta del suelo era ahogada, silenciosa y blanda.

Escuchó, pegado su oído a la puerta. Nada. Ni un ruido en el pasillo exterior. Nadie al otro lado. Lo parecía, cuando menos.

Tenía que decidirse. Cualquier cosa era mejor que permanecer allí, esperando, sin poderse comunicar con Hendrick.

Decidido, tomó la botella metálica, de agua. La empuñó como un objeto contundente y se movió hacia la puerta. Soltó el pestillo. Lo abrió. Asomó, dispuesto a descargar el golpe.

Respiró con alivio. Incluso se dijo a sí mismo que era un necio, un torpe de espíritu infantil. No había nadie afuera, en todo el interminable corredor. Ningún peligro latente, próximo. Quizá, incluso la avería súbita del teléfono había sido accidental y su nerviosismo le hizo imaginar lo peor.

Sin embargo, era mejor avisar a Hendrick, contarle lo que sucedía, lo que podía suceder, si el contenido de aquella ficha no era revelado lo antes posible.

Salió al pasillo, entró presuroso en la puerta vecina, que bastó empujar. Se enfrentó a la oscuridad del despacho del profesor Carter. Dio al interruptor de la luz, dejó la botella metálica en un archivador, y fue hacia el teléfono, decidido.

Tenía ya la mano cerca de él, cuando sonó la voz suave, a su espalda.

—Buenas noches, profesor Warren. ¿Adónde va tan presuroso?

Lanzó un grito ronco. Se volvió, lívido. Quedóse contemplando a la persona que tenía detrás, con expresión de infinito horror.

—Usted... —susurró—. Usted...

—¿Le sorprende verme aquí? —respondió la otra persona fríamente,

saliendo de donde permaneciera oculta al entrar él, tras la hoja de la puerta.

—Pues... Pues sí... No creí que tuviera turno de... de noche... y...

—Y no lo tengo. Vine a recoger algunas cosas. Entre ellas, una ficha obtenida ayer por las computadoras nuevas... Usted me entiende, ¿no?

—¿Entender? ¿Yo? No, no, cielos... En absoluto. Pero, ¿qué hace aquí, entonces?

—Eso le pregunto yo, profesor Warren. ¿Qué hace usted aquí? No es su despacho.

—Mi... Mi teléfono se averió. Tuve que buscar otro...

—Ya —unos ojos helados le contemplaban fríamente—. Bien. Utilice este, entonces. Si es que no le estorba mi presencia para telefonar...

—Pues... no, pero... pero es algo muy personal. Confidencial, ¿entiende? Y preferiría...

—Comprendo. Prefiere hablar a solas —rio entre dientes, con suavidad—. Adelante, profesor Warren. Llame.

Yo me iré en cuanto le respondan de centralita, palabra...

Temblaba su mano cuando tomó el aparato. Iba a hablar, pidiendo línea. Pero la operadora no respondió. El teléfono se mantuvo silencioso.

Silencioso...

La idea penetró en su mente con la celeridad pasmosa del rayo. Se volvió, con ojos dilatados. Sus ojos contemplaron los otros ojos, helados y crueles, de la persona que sonreía ante él, inexpresiva.

—Parece que la avería es general —sonrió su interlocutor—. Este teléfono tampoco funciona, profesor. Lástima... No debe funcionar ninguno de esta ala. Acaso se, cortó el cable de conexión. O hubo un corte en la caja de cables de la zona...

—Usted... Usted lo hizo... —jadeó lívido, estremecido, el profesor.

—Exacto. Yo lo hice. Eso quiere decir que usted... lo sabe, profesor.

—No, yo no sé nada...

—Claro que lo sabe. Está de turno de noche. Ha debido revisar las fichas, por simple curiosidad profesional... Y lo ha descubierto. Lástima... Iba a cambiarla esta noche, por otra ficha idéntica, pero de datos diferentes. Lástima que usted sepa...

—No seré yo solo quien lo sepa. No ganará nada matándome. Hice... Hice microfilmes... Los dispersé por diversos lugares... E incluso envié dos en dos sobres diferentes que deposité en el buzón general antes de venir aquí...

—Miente —silabeó su interlocutor.

—¡No miento! —rugió él, a la desesperada—. ¡Usted sabe cómo va ese buzón general! ¡Todo lo que se deposita en él tarda segundos en ser

clasificado automáticamente, pasado a un conducto exterior, y depositado el correo en su sección correspondiente, para su recogida inmediata, sin posibilidad de tocar la correspondencia persona alguna!

—¿A quiénes envió esos microfilmes?

—A personas de mi confianza... —jadeó él—. Si algo me sucede... actuarán. No ganará nada con destruirme para que mis labios queden sellados, entiéndalo bien...

—De todos modos... correré el riesgo, profesor.

Y la mano de aquella persona, al aparecer ante los ojos de Warren, esgrimía algo que centelleó violentamente a la cruda luz de la modernísima estancia en que se hallaban.

El viejo profesor se lanzó a por la botella metálica para agua, único objeto contundente a su alcance. No le sirvió de nada.

Su antagonista fue mucho más rápido que él. Disparó la mano adelante, lanzando el objeto cortante como una saeta, con fuerte impulso de muñeca. La larga, afiladísima hoja de acero, puntiaguda y brillante, se hincó en la garganta del profesor Warren, casi hasta la empuñadura.

Él se quedó parado en seco, jadeante. De su boca escapó un borbotón de sangre al querer gritar su agonía. La mano, perdida toda fuerza, dejó caer la botella, que sonó sordamente a sus pies.

Tambaleante, inseguro, bailoteó el infortunado profesor. Su bata color verde pálido, con el emblema del Departamento Federal de Ciencias, se había salpicado violentamente de rojo. Un reguero hirviente corría por su cuello y ropas.

Se fue de bruces sobre la moqueta. Allí se agitó, en los últimos espasmos, desorbitados, vidriosos los ojos, que se clavaron, desde el suelo, en su asesino.

Este, impávido, se inclinó. Registró el cadáver con celeridad y precisión. Las manos, enguantadas con flexibles, transparentes guantes de goma como los cirujanos, adheridos a sus dedos, recorrieron las ropas, los bolsillos.

Resultado negativo. Un brillo colérico asomó a los ojos asesinos. Luego, con más calma, empezó el registro minucioso, pausado. Un descosido en la bata verde manzana le reveló el paradero del primer microfilm. El segundo fue de rutina; la tapa del reloj de pulsera no tardó en ser abierta. Era un escondite rudimentario.

Tardó más en hallar el tercero. Pero lo logró, al descalzar al profesor. Finalmente, renunció a dar con el cuarto. El temor de que no hubiese mentido el profesor, asaltó su mente. Otro registro minucioso dio resultados negativos. Cada botón, cada punto del forro, fue revisado con

celeridad, aunque sin nerviosismos inútiles.

Finalmente, se dio por vencida la persona que cometiese el crimen. Faltaba el cuarto microfilm. Sabía que las series de copia, en la máquina de Archivos, eran de cuatro fotogramas de dos milímetros. Había solamente tres. ¿Y el cuarto microfilm?

No le gustaba nada ese extravío de una evidencia. Pero nada podía hacerse ya. Y era peligroso continuar allí. La avería de la red telefónica en aquel ala del edificio pronto atraería a alguien, llamado por centralita.

Asomó al corredor. Miró a un lado y otro. No había nadie. Sólo silencio. Y luz. Luz vertical, cruda, blanca y lechosa.

El asesino abandonó el despacho del profesor Carter.

Sus pisadas se perdieron ahogadamente en el linóleo gris oscuro del corredor.

Primera Parte

CIUDAD

CAPÍTULO PRIMERO

Escuchó la hora.

Con los nervios en tensión. Con todo su cuerpo agarrotado. Casi con dolor físico.

Las esperaba oír en cualquier momento. Y llegaron.

Una campanada. Otra. Otra más...

Así, hasta ocho.

Las ocho en punto. En el cercano reloj de aquella torre. La torre que podía ver cada día. Tan distante. Tan lejana, a pesar de su proximidad.

Ocho campanadas. Una, dos, tres, cuatro...

Las contó mentalmente. Cada sonido metálico retumbaba en su cráneo, como si este se hallara vacío por dentro. Y llegaba a todos los nervios, a todos los puntos sensibles de su ser.

El reloj de la sala de recreos iba adelantado. Y también el del comedor. Ambos tenían ahora las ocho y seis minutos. Tenían que ir adelantados. Aquel otro reloj el de las campanas eléctricas nunca se retrasaba. Ni se adelantaba. Era riguroso, matemático, preciso.

Lo había comprobado muchas veces. Esta era una de ellas, una más. Era diferente. Pero era una más, después de todo. El reloj no sonaba distinto. No podía ir distinto, porque las cosas lo fuesen. No; los relojes no sienten ni vibran con aliento propio. No saben nada de las cosas de los humanos. Nada de nada. Sólo hacen eso: marcar las horas, dividir el tiempo en fracciones a veces brevísimas, a veces interminables.

Ella respiró con fuerza cuando cruzó la sala de juego y de recreo. Scholl hizo un comentario:

—Se ha hecho tarde. Ya deberían haberse retirado todos a descansar.

Ella se excusó:

—La verdad es que tengo sueño. Pero no podía retirarme en estas condiciones...

—Está bien, está bien —atajó bruscamente Scholl—. Se arreglará eso enseguida, y podrá volver a su alojamiento. Pero pudo haberlo dicho antes.

—Lo siento. No me molestó realmente hasta última hora, cuando terminaba de cenar...

—En otra ocasión deberá avisar con anterioridad. O no será atendida.

—Sí, señor.

Es todo lo que se habló. Scholl nunca hablaba demasiado. Ella, tampoco. Sus pasos sonaron huecos por los corredores. El aire olía a desinfectantes y a limpieza. Había luz en algunos cuartos. Rectángulos de cristal esmerilado mostraban tras ellos una claridad difusa, tenue, sedativa.

Ella trató de no pensar. Era mejor así. No pensar en nada. No quería que Scholl viese nada sospechoso en su actitud. El menor recelo lo echaría todo a perder. No debía traicionarse a sí misma. No ahora, cuando tan cerca estaba ya de... de lo que ella quería.

Alcanzaron el recodo del corredor. Un recodo que ella nunca había llegado a cruzar. Esta vez fue distinto. Lo cruzó, escoltada siempre por Scholl. La maciza, pesada figura del hombre era como una sombra más de su propio cuerpo. La mirada fría y brutal de los pequeños ojos grises se desviaba rara vez de ella, como si jamás confiara plenamente en nadie.

—Por ahí —señaló Scholl, indicando una escalera ascendente—. Al final de esa escalera está el botiquín. Apresúrese. Está perdiendo sangre otra vez.

Miró al suelo. Era cierto. Goteaba en el suelo embaldosado y brillante. Gotas oscuras, muy rojas, casi negras. No era copiosa la hemorragia, pero había vuelto. No debió hacer tan profunda la herida. El tapón de gasa era insuficiente ahora para contener la sangre.

Se mordió el labio inferior, dominando el dolor. Le molestaba la herida. Era realmente profunda. De otro modo, no hubiese podido convencer a Scholl. Scholl era de las personas que jamás se sentían convencidas por nada. Por una hemorragia era diferente. Había que asistir al herido, y a esas horas, solamente quedaba el botiquín de urgencia, para servicio nocturno del establecimiento.

Ella sabía todo eso cuando lo hizo. De otro modo, jamás se hubiera causado la herida. No quería soportar dolores inútiles. Si se había arriesgado a esto, era porque, después de todo, era una esperanza. Un resquicio. Una posibilidad...

Alcanzaron el final de la escalera. Vio enfrente la puerta. Blanca, con un rectángulo de vidrio escarchado, tras el que brillaba una luz posiblemente de flexo, ya que daba su claridad indirecta, a una sola zona de la estancia y del vidrio.

«Botiquín —leyó—. Servicios de urgencia y nocturnos».

Suspiró, apretando un poco las manos contra la herida. No evitó que

saliera la sangre, pero goteó más espaciada y en goterones menos densos. Scholl gruñó, dirigiéndole una mirada de reojo:

—Está pálida —dijo—. Maldita sea, no entiendo cómo pudo ocurrir...

Se encogió de hombros, sin añadir más. Ella no le explicó nada. Pensó en lo que le había dicho. Sí, debía de estar muy pálida. Y nerviosa. Por fortuna, Scholl podía pensar que era por causa de aquella herida, y no por otra cosa. Pero valía más que siguiera pensándolo así y no comprendiera de repente que ella podía estar alterada por otras razones muy distintas.

Si Scholl supiera su tensión interior, su angustia latente en estos momentos parecían estirarse agónicamente, en una espera horrible y crispada...

Si Scholl supiera que su palidez, su nerviosismo, su angustia, eran por razones bien diferentes al dolor de su herida, a su hemorragia, a todo aquello que por el momento estaba logrando engañar al celoso guardián...

«¡Dios mío! —pensó ella—. ¡Dios mío, que esto siga así, que él no llegue a sospechar nada...!»

Temía que el corazón saliera por la boca en las violentas palpitaciones de ahora. Temía que sus latidos sonaran como un tambor en el silencio infinito de los corredores desiertos. Temía que algo la traicionase, siquiera un instante, echándolo todo a rodar, cuando tan cerca estaba la esperanza, la posibilidad de ser libre de nuevo.

—Pase —habló Scholl con aspereza—. No quiero perder toda la noche con usted.

—Sí, gracias —musitó ella humildemente.

Empujó la puerta del botiquín de servicio. Entraron. La luz era realmente de una lámpara con flexo, situada en una mesa arrinconada junto a un biombo, tras el que se veía una mesa operatoria, una potente lámpara desconectada, una vitrina con instrumental quirúrgico, y otra con medicamentos diversos.

—Buenas noches —saludó Hattie, la enfermera negra—. ¿Ocurre algo, señor Scholl?

—Sí. La paciente sufre una herida profunda. Sangra en abundancia, enfermera Hattie. Atiéndela.

—Sí, señor —y los ojos de Hattie se cruzaron un momento con los de ella. Indiferentes en apariencia, como lo estaban al atender a cualquier otro. Solamente ella descubrió en el fondo de las pupilas de la muchacha de color, un leve destello de inteligencia, de astucia, acaso también de inquietud, de tensión emotiva.

Le quitó la gasa de la herida. Meneó la cabeza, señalándole la mesa.

—Tiéndase ahí —instruyó—. Debo cogerle, como mínimo, dos o tres

puntos de sutura. Es verdad que ha sido una herida profunda. ¿Cómo pudo suceder, señor Scholl? Tenía entendido que no hay instrumentos peligrosos al alcance de los pacientes...

—Y no los hay —convino el enfermero Scholl agriamente. Observó cómo Hattie preparaba los desinfectantes y apósitos, y se disponía a tomar el hilo para la sutura—. Todo ha sido puramente casual, un accidente fortuito y difícil.

—Al doctor Strauss no va a gustarle el informe.

—De sobra lo sé, maldita sea —se irritó Scholl—. ¿Tiene usted que reportar necesariamente esta cura?

—Usted sabe bien que debo reportar absolutamente todo lo que hago durante mis horas de servicio —expuso secamente la enfermera de color.

—Conforme, conforme —aceptó Scholl—. Después de todo, es su culpa. Nadie podía prever que un simple corte con un plástico, pudiese tener tanta importancia.

—Es muy profundo —comentó la enfermera, tras observar a su paciente—. ¿Qué clase de plástico fue?

—La funda de una de las advertencias impresas en cartón, del Pabellón B. No sé cómo pudo rasgarse, y caer de su soporte. La enferma se inclinó a recogerla cuando iba a cenar, y el plástico rozó su pierna, cortándola. Eso es lo que contó ella.

—Es la verdad. No tenía ningún interés en herirme. No soy una suicida, y ustedes lo saben. Simplemente, se me enganchó en la pierna esa celofana rígida, cortándome. Sangré bastante, pero puse mi pañuelo y creí resolverlo con eso. Durante la cena volvió a sangrar con mayor abundancia, y avisé al señor Scholl...

—Bien, no se moleste en explicar más detalles —la cortó suavemente la enfermera Hattie—. Ha perdido sangre, y el corte es profundo. Eso es todo. Arreglaremos la herida en un momento, y no volverá a sangrar.

Hattie se encaminó al armario donde guardaba medicamentos, desinfectantes y demás fármacos. La paciente cerró sus ojos, tendida e inmóvil en la mesa operatoria. Scholl gruñó algo entre dientes, paseando impaciente por la estancia.

Ni siquiera se dio cuenta de que la enferma no cerraba totalmente los párpados, y podía verle a través de sus pestañas, borrosamente. Cuando Scholl estuvo de espaldas a ella, y se inclinó para anotar algo en una hoja de papel del bloc de la enfermera, creyó llegado su momento.

Hattie volvía ya a medias, desde el armario de productos farmacéuticos, para atender a la herida. Se quedó quieta, expectante, mientras su paciente se erguía muy despacio, sin producir ruido alguno, y

ponía sus pies en el suelo nuevamente.

La firme, nerviosa mano de la mujer, fue directamente hasta una banqueta de asiento. La tomó por una de sus patas. La alzó en vilo resueltamente.

Luego la descargó sobre la nuca de Scholl, que medio se volvió, presintiendo acaso el peligro. Hattie lanzó un grito ronco, pero sin intervenir tampoco ahora. Scholl se desplomó a los pies de su agresora, como fulminado por un rayo.

Soltó la enferma la banqueta, con una pata rota. Miró como fascinada el cuerpo inerte de Scholl, a sus pies. Rápida, Hattie fue al caído y le examinó, con cierta alarma reflejada en el rostro.

—No es nada —suspiró al fin con alivio, levantando la cabeza—. El golpe ha sido duro, pero volverá en sí. Será mejor que se marche cuanto antes. Si él le cogiese ahora, después de lo ocurrido, no sé lo que sería capaz de hacer...

—Sí, sí, ya voy...

—La ventana —señaló Hattie—. Esta no tiene rejas. Dispuse ya la cuerda hasta el suelo. Encontrará una puertecilla de metal en la tapia de atrás. Está con la llave puesta. Abra, ciérrela de nuevo, y llévese la llave. Eso les desorientará un poco. Luego... ¡por el amor de Dios, corra lo más que pueda, y aléjese pronto de aquí!

—Sí, gracias. Lo haré... —tragó saliva, angustiada, la joven enferma—. No deseo volver aquí por nada del mundo...

—Pues entonces, no pierda más tiempo. Yo solamente podré entretenerme unos minutos, antes de atender debidamente a Scholl. Me golpearé, hasta herirme, y diré que usted en un ataque de ira, pudo con ambos... Scholl recordará mi grito, y no creo que dude de mi versión. ¡Vamos salga ya!

—Hattie, gracias por todo... —la miró patéticamente antes de salir, ya junto a la ventana del botiquín—. Si no hubiera sido por usted, yo no podría intentarlo siquiera... ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué me ayudó?

—No sé... —se encogió ella de hombros—. No me gustan los métodos del doctor Strauss. Ni tampoco de Scholl y los demás. Usted no es una enferma como ellos aseguran. Usted no debe permanecer aquí, querida...

La enferma se aupó sobre el alféizar de la ventana.

Miró abajo. Luego se volvió para musitar solamente unas palabras emocionadas:

—Adiós, Hattie, amiga...

—Adiós. Y suerte... —respondió la enfermera de color.

Luego, ella se perdió en la noche, en la oscuridad que ya se había

extendido sobre la ciudad. Y sobre el establecimiento sanitario del doctor Strauss...

Momentos más tarde una llave giraba febril en una cerradura. Unos pasos de mujer se alejaban de los muros de piedra. Una figura huidiza se fundía en la oscuridad de la alameda arbolada, como una mariposa que volase incierta hacia las luces lejanas del centro urbano.

Detrás quedó el edificio casi en sombras, con su gran placa de metal dorado y sus letras grabadas en él, ostensiblemente: «Clínica para enfermos mentales. Director: Martín Strauss, M. D.».

* * *

El hombre alzó la cabeza. Miró en torno. Y arriba también.

Se quedó mirando a la noche. A las luces lejanas, a las estrellas, todavía más lejanas. Al mundo, que volvía a abrirse ante él, como un abanico increíblemente hermoso y desconocido.

Le hubiera gustado más que ese momento fuese a pleno día. Sintiendo en su epidermis el calor del sol, la tibia caricia de un aire cálido, apacible. Sumergiéndose en la luz, en el aire, en la vida que latía febril y presurosa, más allá de los límites que hasta entonces cercaran su vida, como un dogal hermético.

Respiró a pleno pulmón. Bien estaba. Era noche, sí. Pero la noche también podía ser hermosa. Y acogedora, y amable, y acariciante. La noche, la oscuridad, las luces distantes, el ruido, apenas perceptible allí, donde el estuviera...

Esperó. Pasaría pronto el autobús. Consultó su reloj. Era curioso. Aún funcionaba. Con su cristal agrietado, con sus gruesas cifras pasadas de moda, en la gastada esfera deslucida. Pero funcionaba, y eso era lo importante. Lo había puesto en hora al salir. Ahora eran exactamente las ocho y treinta minutos.

Las ocho y treinta minutos.

Una hora de un día cualquiera, en un mes cualquiera, de un año cualquiera. ¿Qué importaba todo eso? La hora era histórica para él. Sólo para él y nada más. El resto no contaba. Había perdido un poco la noción del tiempo, del transcurso de días, semanas, meses, incluso años.

Era como volver a empezar. Era como regresar a un sitio del que uno ya ni siquiera recuerda nada. Un hermoso regreso, de todos modos.

Se apoyó en el poste indicador del *bus stop*. Miró a la carretera, a los árboles y setos. Se preguntó cuántas personas antes que él vivieron un momento así. Esperando el autobús. Con aquellos muros detrás. Con aquel

mundo delante. Con aquellas luces esperando el retomo. Y con aquella maciza sombra hermética despidiéndole, acaso en la maligna convicción de que algún día volvería.

Estremeciéndose al pasarle esa posibilidad por la mente. ¡Volver! No, Dios, eso nunca. Volver allí... jamás. Jamás.

El *bus* asomó en la distancia. Luces en las ventanillas. Faros encendidos iluminando la negra cinta de asfalto. Alzó el brazo, para que le vieran. A veces, le habían dicho, el *bus* ni siquiera paraba allí. Después de todo, era una zona desolada. Especialmente, de noche. Y cuando había algún viajero, siempre era de... de «allí». De aquel lugar.

El autobús se detuvo, calmamente. Se abrió la portezuela delantera. Subió.

Le miró con curiosidad el cobrador. Como siempre les miraban a «ellos», a los que tomaban allí el coche. Imaginó lo que pensaría, pero no se molestó por eso. Nadie puede cambiar el mundo, solo porque le moleste que el mundo sea como es. Se sentía demasiado feliz para irritarse con nadie. Ni siquiera con aquel cobrador de *bus* con cara de bulldog.

—Cobre —dijo, tendiendo el dinero.

—¿Adónde va? —le preguntó el otro.

—No sé. A cualquier parte —se encogió él de hombros—. A término, por ejemplo.

—A término... Bueno, son setenta y cinco centavos.

—Setenta y cinco... —silbó entre dientes, mirando a los escasos viajeros que, como fantasmas pálidos y silenciosos, ocupaban los asientos del vehículo—. Es mucho más caro que antes.

—Depende del tiempo que haya estado metido ahí —rezongó el otro, acremente—. ¿Tiene esos setenta y cinco centavos, o no?

—Claro. Deme esa moneda —recogió el medio dólar y le tendió un billete—. Cobre. Supongo que los dólares en circulación serán los mismos, ¿no?

—¡Qué gracioso! —el conductor refunfuñó algo, dándole veinticinco centavos de vuelta—. Siéntese. Ya perdí demasiado tiempo con usted.

No le contestó. Se sentó. Aquel conductor no tenía importancia. Era solo una muestra de lo que le aguardaba. Como un anticipo de la forma en que la gente le trataría cuando volviera a establecer relación con ella. Después de todo, no podía esperar otra cosa. Cinco años eran muchos años. Demasiados, para ciertas cosas.

Cinco años allí dentro.

Y por algo que no había hecho. Por algo que alguien tenía que pagar, aunque fuese inocente. Una injusticia. Una vileza.

No había olvidado, no.

Ahora volvía. Volvía para poner en claro algunas cosas. Para exigir otras. Para probar a algunos que aún no estaba muerto. Ni había olvidado.

Cerró los ojos. La marcha del autobús, la noche, la luz interior del vehículo y la oscuridad del paraje exterior, desolado y silencioso, le producían somnolencia. Pero no se durmió.

Sencillamente, recordó.

Recordó a una mujer.

Una mujer...

Sintió el estremecimiento a flor de piel. Era una idea turbadora, inquietante. Una mujer... después de aquellos cinco años. Y una mujer como ella. Como Belinda.

Otro estremecimiento sutil. Era difícil pensar en Belinda sin sentir una emoción física, excitante. Lo había sido ya antes, cuando aún no había entrado entre aquellos muros, para perder en ellos cinco años de su vida. Conque ahora...

—Belinda... —susurró.

Y había una serie de tensas y encontradas emociones en su modo de pronunciar aquel nombre de mujer.

Después de tanto tiempo, era lo único que realmente le atraía de nuevo, le conducía al reencuentro con el mundo. Por otro lado sentía miedo. Miedo de que sus temores y sospechas de siempre fuesen fundados... y Belinda resultara culpable.

Culpable de su encierro. Perversamente culpable de sus cinco años de prisión por un delito que no cometió.

¿Fue ella quien le traicionó entonces? ¿O fue otra persona?

Siempre estuvo seguro de que el nombre del traidor, del responsable de todo, era una de las tres personas cuyos nombres tenía en la mente: Maxwell, Krasner... o Belinda. No podía ser de otro modo. Uno de ellos tres. O dos de ellos, en complicidad. Los tres a la vez, resultaba dudoso. No se llevaban tan bien entre sí, como para formar sociedad en un caso semejante. Alguno de ellos hubiera terminado por soltarse la lengua, reivindicándole.

Y eso no había sucedido. En cinco años, nadie habló. El pagó una deuda ajena.

Eso era lo que le inclinaba a la idea inicial; un solo responsable.

Pero... ¿quién?

Iba a empezar el largo camino para averiguarlo. Y ese camino solo podía tener para él un principio. Un inicio prometedor y excitante. Acaso muy peligroso también...

Belinda.

CAPÍTULO II

El cuerpo de mujer, atractivo y bien torneado, se vino abajo.

Golpeó sordamente el pavimento. Después, sucedió algo horrible. Como si la bella criatura hubiera sido bestialmente decapitada.

La cabeza rodó lejos del tronco. Se perdió por la sala, desapareciendo debajo de algún mueble, acaso un mostrador o una butaca para la clientela. Lo cierto es que desapareció. Con su hermoso cabello castaño, levemente rojizo en sus reflejos. Con sus grandes ojos de largas pestañas, entornados y coquetones.

Ella lanzó un grito ronco, estremecido. No la mujer decapitada, que no podía emitir sonido alguno. La otra. La mujer que estaba erguida ante la figura vencida en el suelo de lustrosas baldosas. Se tapó la boca con una mano, realmente sobrecogida por lo espantoso de la breve escena.

Luego, lentamente, la realidad se abrió paso en su mente, borrando fantasmas, espectros inexistentes, que debía alejar de su cerebro, si quería mantenerlo sereno, frío, normal, dueño de sí y de toda posible emoción venidera.

—Tonta... —se acusó a sí misma, entre dientes—. No es más que un maniquí...

Un maniquí. Un simple maniquí de escaparate, con su bonita cabeza, su bella melena castaño-rojiza, casi como la suya propia. Un muñeco bien moldeado para que la clientela de los grandes almacenes se fijase en el modelo de vestido, o de abrigo, o de pijama...

Un maniquí decapitado. Y se había llegado a asustar. Casi era cómico. Pero ella no rio. No tuvo gana alguna de reír.

Caminó lentamente hasta el maniquí sin cabeza. Evitó mirarle el muñón de cartón y de yeso de su cuello, para concentrar toda su atención en aquel tejido de suave caída, de un atractivo y discreto tono marrón, con detalles en *beige*. Sus dedos lo rozaron delicada, casi amorosamente. Era un bonito modelo. Le hubiera parecido hermoso cualquiera, al lado de lo que ella llevaba. Un vestido... Y perder de vista aquel horrible, aquel lamentable y odiado uniforme gris del establecimiento psiquiátrico...

Pero después de todo, este modelo era sugestivo, encantador. Le había gustado apenas lo vio en el escaparate, allá al fondo, junto a las cortinas. Pero le pareció entonces tan lejano como si estuviera en la luna, a pesar de

que solo le separaba de él una simple vidriera de escaparate. Demasiado obstáculo para sus pobres fuerzas.

Después se le había ocurrido mirar alrededor. Y ver que apenas circulaba gente por aquel lugar. Dentro de los almacenes no había luz. Tal vez ni siquiera un vigilante de noche. O si estaba, se hallaría en cualquier otra planta, de las tres o cuatro de que constaba el negocio.

Intentar cualquier cosa era una temeridad. Demasiado arriesgado para ella. Pero tan arriesgado como eso era seguir con el uniforme de la clínica del doctor Strauss. Bastaría una descripción por radio, y los propios policías la reintegrarían a aquel mundo de pesadilla, convencidos de que con ello hacían un bien a la sociedad y a ella misma.

Cualquier cosa era preferible. Valía la pena intentarlo. A la desesperada. Sin fe en nada. Pero luchando por aquella libertad momentánea, quebradiza y frágil, que estaba viviendo intensamente.

Y se decidió. Se decidió a intentar la locura. Después de todo, ¿qué más daba?

Había observado el paso del ferrocarril, poco antes. En aquel suburbio de la ciudad, de calles empinadas y viviendas apelmazadas, las vías férreas cruzaban por veces en los elevados puentes de hierro, tendidos de lado a lado, muy por encima del asfalto. Los trenes producían un ruido espantoso y una trepidación irritante. Eso duraba casi siempre unos momentos. Justamente los que tardaban las luces en desfilar vertiginosas, pestañeando a través de las traviesas metálicas, para perderse luego, como una oruga de luz y de traqueteos, en la distancia.

Era frecuente el paso de esos trenes de cercanías, que llevaban a la ciudad a muchas personas residentes en sus zonas residenciales, y devolvían a esas mismas zonas a quienes regresaban de sus trabajos al caer la tarde. Ella había esperado, y contó hasta tres convoyes en menos de media hora. No le costó, pues, aguardar un poco más. Y pasó el cuarto convoy.

Era el que ella había estado esperando. Entonces tomó aquel ladrillo, obtenido de unas cercanas obras, en un edificio en construcción.

Y descargó el golpe contra el vidrio de la entrada, violenta y secamente, sin la menor vacilación. Luego contuvo el aliento, llena de terror, y aguardó de nuevo.

Entre la trepidación, el estruendo del ferrocarril y los latidos de su propio corazón, ni siquiera había captado el estruendo del vidrio al quebrarse. Pero ¿sucedería igual con el guardián del interior?

La espera se hizo insoportable, mientras el tren se alejaba en la distancia, titilando las luces de sus ventanillas, hasta perderse tras unos

altos edificios, allí donde la ciudad comenzaba a ser más alta y mejor.

Los ojos dilatados de la joven estuvieron fijos en la puerta hendida, en los numerosos fragmentos de vidrio que alfombraban el suelo, más allá de la entrada. Esperando, en cualquier momento, la aparición del guardián, de alguien que hubiese percibido la violencia, y se dispusiera a dar la alarma a las autoridades del barrio.

Ella se mantuvo oculta a medias entre los automóviles aparcados frente a los almacenes, sin duda los más importantes de aquel barrio populoso y humilde. En cualquier momento estaba dispuesta a iniciar la fuga, alejándose de allí todo lo deprisa que le permitieran sus cansadas piernas.

Pero no sucedió nada. Absolutamente nada.

No apareció nadie, no se vio movimiento alguno en el almacén. En la calle, algunos transeúntes cruzaron tras alejarse el ferrocarril, pero nadie echó siquiera una ojeada a los almacenes, cuyos escaparates aparecían iluminados, pero cuyo vestíbulo y puerta de entrada no tenía luces, salvo los reflejos de los escaparates asomados a la calle. Y nadie, desde luego, descubrió la amplia rotura de vidrios.

Finalmente, ella cobró confianza. Abandonó el refugio de los automóviles y se aventuró. Caminó, cautelosa, hacia los almacenes. Luego, con paso más ligero, llegó hasta la puerta.

El fragmento de vidrios abatido era más amplio de lo que pensara. No necesitaría ni siquiera intentar abrir, pasando su brazo a través del hueco, maniobra que muy posiblemente estuviera condenada al fracaso. En vez de ello, le bastaría con introducirse cuidadosamente a través de aquella abertura. Evitando que le cortase el filo de vidrio, era lo bastante esbelta y flexible para poder pasar al otro lado, estaba segura de ello.

Y así lo hizo. Poco después estaba dentro de los almacenes, sin apenas otra cosa que algunos cortes en el tejido de su odiado uniforme, y unos leves rasguños en sus dedos. Era poco precio, pensó ella, para alcanzar aquello que había ido a buscar.

Estuvo a punto de sacar el maniquí del escaparate, maniobrando tras las cortinas del fondo, sin incidente alguno. Pero al final, se le fue de las manos y cayó al suelo. Entonces es cuando rodó la cabeza por la sala vacía.

Pero a pesar de que ella contuvo el aliento y aguardó lo peor durante unos interminables instantes, no sucedió nada. En realidad, el ruido de aquella caída era demasiado leve, aunque a ella se le hubiese antojado estruendoso y terrible. La ligereza, el poco peso del maniquí, era evidente.

Se inclinó. Quitó el vestido a la figura artificial. Luego caminó con él hacia la sección de zapatería, de medias, de sobretodos, de bolsos. Recorrió diversos mostradores, escogiendo lo que más le atraía. En cambio, cruzó

ante un mostrador de joyería, con algunas de sus bandejas de piezas de oro y brillantes sin guardar en la cámara acorazada, y ni siquiera les echó una ojeada. No había ido a robar, sino a buscar una solución momentánea para su desesperada situación. Y aquella otras ropas, aquella indumentaria de mujer normal era una esperanza, una leve esperanza de pasar inadvertida entre el tráfico incesante de la urbe.

Se detuvo ante un espejo de cuerpo entero. La luz de una de las secciones llegaba difuminada hasta allí. Se acomodó, con una leve sonrisa, en aquel lugar. Era un buen probador, después de todo.

Dejó las prendas sobre una butaca. Comenzó a desnudarse.

Cayó el uniforme gris, recto y sin gracia. Debajo, cubriendo pudorosamente las formas de mujer, una combinación de color igualmente gris, también donativo del doctor Strauss a sus pacientes. Luego, por fin, las dos piezas íntimas, estas propiedad de ella.

Se contempló por un momento en el espejo. Toda ella era diferente. Toda ella estaba abatida. Había adelgazado, ciertamente. Sus caderas ya no eran tan redondeadas, aunque siempre habían tenido suaves y armoniosas curvas. Sus muslos no aparecían tan firmes y el vientre se curvaba con menos gracias. Pero aun con todo ello, el espejo devolvía una imagen hermosa y seductora. La de una joven esbelta, atractiva, bien formada, de una extraña, curiosa sensualidad, no exenta de dulzura, de gracia, de femenina delicadeza.

Aquel cuerpo podía ser admirado como una figura de museo, como un desnudo de pintor sublime. Pero también aquel mismo cuerpo podía ser codiciado, deseado, amado por toda una vida, con amor y con devoción de amante rendido.

Luego, el hechizo momentáneo en el almacén solitario se quebró súbitamente. Las ropas comenzaron a velar con pudor instintivo aquellas curvas suaves y armoniosas. Los senos se perdieron bajo prendas nuevas, de suave tacto, que hicieron suspirar a la joven, entornando los ojos con alivio, con una sensación arrebatadora de novedad, de optimismo, de femenina complacencia.

Cuando las medias subieron por sus pantorrillas y muslos, ajustándose a estos, sobre la carne rosada y firme, cuando los zapatos calzaron sus pies menudos, y cuando el vestido marrón se amoldó dócilmente a su esbeltez, digna del mejor de los maniqués del comercio, ella pareció repentinamente otra.

Se contempló, fascinada, en el espejo. Respiró hondo.

Era maravilloso. Realmente maravilloso. Como un prodigio. Como si un brujo malicioso y simpático, perdido en algún rincón de aquella tienda,

hubiese ejercido sobre ella su influjo mágico, transformándola, haciendo de aquella criatura desangelada y huidiza que entró por el hueco de la puerta, una mujer nueva, hermosa, arrogante y dueña de sí.

Caminó por entre los escaparates desiertos, por la nave vacía de la tienda, como una cliente excepcional. Avanzó hacia la salida, imaginándose vagamente que estaba rodeada de personas, de público que volvía la cabeza para contemplarla admirativamente, para elogiar su elegancia...

Llegó cerca de la salida. Vio el vidrio roto, la calle oscura, las luces de los edificios... Trepidó el almacén. Un ferrocarril pasó, allá afuera, camino de la parte alta de la ciudad, haciendo vibrar estruendosamente el puente férreo.

Eso la hizo apresurarse. Debía apartar de sí sueños e imaginaciones. La realidad era cruda y fría. Tenía que salir de allí, alejarse lo más posible de la tienda.

Avanzó con rapidez los últimos pasos. Con mucha rapidez. Entonces tropezó con aquella pila de frascos y tarros de belleza, junto al mostrador de perfumería. Y los derribó.

Esta vez sí. El estrépito fue terrible. Los tarros de grueso vidrio opaco, rodaron por el establecimiento como endemoniados, rebotando acá y allá, y produciendo un ruido infernal.

Ella se aterrorizó. Retrocedió vivamente, ahogando un ronco grito de pánico. Miró, con ojos dilatados, alrededor suyo. Esta vez, cuando aún no habían cesado los últimos ruidos de los tarros dando volteretas por el suelo, sonó otro ruido en el bazar.

Unas pisadas fuertes, allá en la planta alta. Y una voz potente, clara:

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre ahí abajo?

Por fin la habían descubierto. Era inevitable. Angustiada, con el corazón golpeando como un caballo desbocado lo haría con sus cascos en la tierra, miró hacia el vidrio roto, hacia la calle, las luces de la ciudad...

Arriba, la voz insistió, mientras los pasos sonaban más ligeros y rotundos:

—¿Qué es eso? ¿Quién está abajo? ¡Responda, o daré la alarma!

Ella sabía eso. Sabía que la daría inmediatamente, respondiera o no. El guardián de noche debía dormir antes. Y no tenía precisamente el sueño ligero. Pero esto de ahora había sido demasiado ya. Y despertó.

Tenía que huir. Tenía que salir de allí. Ser capturada por el vigilante nocturno, significaba una llamada a la policía. Le pedirían que se identificase, antes de arrestarla legalmente. No podría hacerlo. No tenía documentos. Entonces, le exigirían algún informe, algún dato. Ella no los

daría. Pero sería igual. Las huellas dactilares la identificarían. Lo demás, sería terriblemente fácil. Volvería a la clínica del doctor Strauss.

Y entonces, para no salir nunca más. Quizá para ser allí incomunicada. O torturada.

O muerta...

Se estremeció. Los pasos sonaban ya en una escalera mecánica, inmóvil en esos momentos. Aparecieron allá arriba unas piernas, unos zapatos de hombre, pisando los escalones metálicos.

Se decidió. Ahora, o nunca. Tenía que hacerlo. Y lo hizo.

Precipitóse hacia la puerta. Con la cabeza baja, como disparada por una catapulta. Alcanzó la vidriera. La salvó, entrando por el boquete con todo su impulso.

Sintió cómo se rasgaba parte de su flamante vestido, cómo el vidrio cortaba su carne en el muslo, en un brazo, en el cuello, e incluso en el rostro, bajo el pómulo izquierdo. Pero aun con todo eso y estar a punto de perder un zapato, que basculó en la punta de su pie, terminando por rodar fuera, logró caer al exterior, en el vestíbulo de escaparates del negocio.

Allá dentro, el vigilante nocturno había percibido la maniobra, intuyendo sin duda sus motivos, y su grito ahora fue estentóreo, alarmante:

—¡Ladrones! ¡Ladrones en el bazar! ¡Alarma!

Y por si ello fuera poco, de súbito una sirena llenó de estridencias la calle desierta y silenciosa.

La joven se incorporó a medias, atemorizada, descalza de un pie. Estuvo a punto de echar a correr sin el zapato que faltaba, pero advirtió su presencia allí, cojeó hasta él, y se lo calzó apresuradamente, iniciando la carrera entonces, sin importarle la sangre que goteaba de su codo, de su mejilla y de su muslo, no con abundancia, pero sí con dolorosa impresión tras el tajo producido por los vidrios.

Allá, en el extremo de la calle, se inició el desastre.

Fue con la forma de un hombre. Un hombre uniformado de azul. Un agente de policía, un patrullero nocturno.

La sirena de alarma de los almacenes le hizo detenerse en seco. Luego miró a lo largo de la calle, vio la figura de la joven, lanzada a la carrera hacia él, y percibió los gritos del empleado del negocio:

—¡Alarma, alarma! ¡Ladrones! ¡Hay ladrones en el bazar!

El policía, rápido, emprendió veloz carrera hacia la joven y hacia los almacenes. Ella vaciló, indecisa, empezando a detenerse. Luego comprendió que, con el policía ante sí y el vigilante detrás, no podría hacer nada, y caería irremediabilmente en poder de la ley.

Una idea astuta cruzó con rapidez su mente. Y en vez de detenerse,

siguió a la carrera hacia el policía, al tiempo que empezaba a gimotear con terror:

—¡Ladrones! ¡Socorro, ladrones armados en los almacenes!

El policía desenfundó su revólver reglamentario con celeridad. Cuando la muchacha llegó ante él, se detuvo, jadeante, apoyó una mano en el pecho del policía de uniforme, y señaló atrás, con terror.

—¡Gracias a Dios, agente! —jadeó—. ¡Son dos ladrones! ¡Están en ese negocio! ¡Llevan navajas, me atacaron y me hirieron...! ¡Tiene que detenerlos!

—Por supuesto, señorita. Quédese aquí y no se mueva —se apresuró a hablar agitadamente el policía, apartando a la muchacha a un lado, y apoyándola contra el interior de un portal—. Yo me ocuparé de ellos ahora. Y avisaré a una ambulancia para que la atiendan... ¿Está malherida acaso?

—No, no es nada. Sólo rasguños —musitó ella—. Pero si viera a esos hombres... Rompieron los vidrios del almacén, se metieron dentro...

—Bien, bien. Hágame caso. No debe moverse, ocurra lo que ocurra. Vuelvo enseguida, no tenga miedo.

Y se apresuró a correr ahora en dirección al bazar, dejando a la muchacha en el portal, convencido de que ella, vencida por el miedo, le obedecería sin rechistar.

Naturalmente, apenas se alejó el agente, ella emprendió veloz y sigilosa carrera calle abajo, tras quitarse los zapatos. Cuando llegó a la esquina, tuvo la gran fortuna de ver cruzar un taxi libre. Recordó que de una de las cajas registradoras del almacén de las que a veces se dejan en caja para cambios al día siguiente había obtenido unas monedas. Serían suficientes, sin embargo, para abonar una corta carrera. Una carrera lo suficientemente lejos como para que el policía de aquel sector no volviera a dar con ella.

—¡Taxi! —llamó con voz aguda.

El coche se detuvo. La muchacha echó a correr otra vez, subió a él, agitadamente, y le pidió que le condujera adonde el ferrocarril urbano de cercanías tenía su inmediata estación. No hubiera sabido decir otra cosa en aquellos momentos. El taxista, sin mostrarse sorprendido, asintió, conduciendo bajo el puente metálico del tren, en dirección al destino solicitado.

Una vez en marcha, ella suspiró, echándose atrás en el asiento, y sonriendo para sí, con cierta maliciosa complacencia. Se preguntaba qué diría el agente de patrulla cuando descubriese que lo robado eran ropas de mujer y que las ropas del maniquí desnudo coincidían con las de la mujer a quién él había auxiliado en la calle, dejándola en plena libertad.

Eso era divertido, pero al representante de la ley no le iba a divertir en

absoluto. Y lo que era peor, el incidente podría orientar a sus perseguidores sobre su actual paradero en la ciudad. Pero había valido la pena, porque ahora vestía normalmente, y podía pasar inadvertida en muchos lugares donde anteriormente no hubiera podido ni siquiera aproximarse.

Cuando descubrió la estación del ferrocarril, se inclinó vivamente hacia el taxista.

—No, espere —rogó—. Ahora que lo pienso, será mejor que me conduzca a otro lugar.

—Bien, señorita. Usted dirá —la miró fijamente por el retrovisor, con recelo. Pero la misma dulzura suavemente melancólica, en el bonito rostro de la muchacha, suavizó su actitud, llevándole incluso a reír—. Bien. Es pero sus instrucciones, señorita.

Le dio una dirección. El taxista asintió.

Y avanzó en sentido diferente, doblando una esquina por el trazado amplio y rectilíneo de las calles y avenidas de la gran ciudad. En dirección al punto señala de por ella.

Un lugar donde no sabía si iba a encontrar ayuda... o un nuevo muro adverso, contra el cual luchar estérilmente.

Pero tenía que intentarlo. Costara lo que costara. Y con todos sus tremendos riesgos.

De los cuales, el peor para la fugitiva en la noche, era el retorno a la clínica del doctor Martin Strauss...

* * *

Belinda había prosperado. Y mucho.

Era ya el tercer lugar que visitaba, tras las dos fallidas intentonas previas.

En el primer domicilio de Belinda Steel, le dieron las señas del segundo. Y en este, las del tercero. Esperaba que fuese el definitivo, porque el último cambio de residencia, según el conserje del anterior domicilio, había tenido lugar escasamente cuatro meses antes.

Era un buen sitio este. La mejor zona residencial. Amplios rectángulos de césped, arboledas, sendas de gravilla o embaldosadas, y una serie de *bungalows* de lujo, independientes entre sí, que se arrendaban o vendían en propiedad. Los precios de ambas posibilidades parecían prohibitivos.

Preguntó por Belinda Steel a un funcionario que guardaba el acceso a los *bungalows* y su aparcamiento privado, que más parecía un agente de policía que un conserje. Su uniforme con correa, y sin carecer de funda con revólver, así lo hacía aparecer.

El uniformado guardián le estudió, ceñudo, con muchas reservas.

Se alegró de haber cambiado de ropas, de haberse puesto un sombrero que cubriese sus cabellos, cortados ahora, a la longitud normal en gente de su edad. Había hecho bien en pasar primero por la tienda de un viejo amigo que, pese a lo avanzado de la hora, le hizo entrar, sorprendido de su presencia, y le vendió un traje decente y unos zapatos y sombrero de acuerdo con la moda, así como la camisa y corbata. Era un favor que agradecía. Pudo resistir, así, la revisión escrupulosa de los ojos inquisitivos del empleado.

Finalmente, este asintió, tras mirar un fichero en su cabina.

—Si —dijo—. La señorita Steel ocupa el *bungalow* 16. ¿Quién le digo que viene a verla?

—No necesita decírselo —sonrió él—. Somos viejos amigos.

—De todos modos, debo decírselo —insistió secamente el empleado—. Es el reglamento, señor.

—Binen. Dígale que está aquí Donald Lee. Eso bastará.

—Donald Lee... —apuntó el nombre en un bloc, y se dirigió al teléfono de su cabina. La puerta de acceso aparecía cerrada como un paso de frontera, con una barra de manipulación automática, que impedía todo paso a coche o persona—. Un momento.

Descolgó el teléfono. Llamó. Volvió a colgar. Volvió a llamar. Al final se encogió de hombros.

—Comunica —dijo—. Debe estar hablando con alguien. De todos modos, pase, señor Lee. Si la señorita Steel le espera, no hay problemas.

—Gracias —Donald cruzó la entrada del amplio sendero embaldosado, cuando desde dentro de la cabina, el guardián accionó el paso automático, que elevó la barrera, como si realmente se tratara de un paso fronterizo en toda regla.

Avanzó el joven visitante por el ancho sendero serpenteante, que se deslizaba entre *bungalows*, árboles y césped bien cuidado. Había profusa iluminación por doquier, y el lugar recordaba un parque público, lleno de gratos olores campestres. Había luz en muchos *bungalows*.

Encontró el que lucía el número dieciséis sobre el porche, en cifras doradas, y en un globo de luz, junto a un buzón con el nombre de Belinda Steel pintado en él. Donald Lee, el visitante que tardó cinco años en volver, adelantó la mano. Oprimió el timbre de la puerta.

Sonó dentro, musicalmente, con un tintineo melodioso. Al mismo tiempo, la presión de su mano hizo ceder la puerta suavemente. Estaba abierta.

Vio luz dentro del *bungalow*, amplio y con un largo corredor que iba a

terminar en una estancia bien iluminada. El tintineo del llamador no atrajo a nadie.

Avanzó, decidido. Belinda debía estar hablando por teléfono, y no podía acudir o no había oído la llamada, de eso no había duda.

Insistió, a la vez que se adentraba en la casa, sin esperar respuesta. Cruzó el pasillo hasta el fondo. No había luz en ninguna otra habitación, salvo en la situada al final del corredor. Era el vestíbulo. Con barra para bebidas, un estereofónico, un hogar decorativo, muebles bajos y confortables, y muros empapelados en tonos ocres.

Había una mesa servida para cenar. Con dos servicios. Manteles color naranja, velas rojas en un candelabro de plata, vajillas, copas, una botella de vino de marca... Una mesa espléndida, ciertamente.

Al fondo, sobre una mesita, un teléfono. Color verde manzana. Descolgado. Pendía, oscilando igual que un péndulo, el micro y auricular, de su rizado cordón elástico. Nadie lo atendía.

Donald avanzó unos pasos, sorprendido. Rodeó la redonda mesa servida, a punto para iniciar una cena sin duda selecta a juzgar por aquellos preparativos...

Entonces vio a Belinda.

Estaba al pie del teléfono. Tendida boca arriba. Muerta.

Asesinada, sin duda alguna.

CAPÍTULO III

Había sido un arma afilada. Afiladísima.

Larga, punzante. Se hincó en los senos de Belinda. Una señal escarlata corría sobre su prominente exuberancia, rebosando el descote hondo del deshabillé casero. El asesino supo lo que hacía. Golpeó justo sobre el pecho izquierdo. Alcanzó el corazón, atravesándolo sin duda.

La muerte había sido instantánea. Belinda no debió sufrir mucho. Pero el horror, la incredulidad, dilataban sus ojos hermosos, verde oscuros, desorbitados, fijos vidriosamente en la nada. Posiblemente, con la imagen del asesino grabada indeleblemente en ellos. Pero, por desgracia, unas pupilas humanas no eran una placa fotográfica. No revelaban lo que captaron antes de morir.

Piadosamente, Donald Lee se inclinó. Echó una de las servilletas naranja sobre el rostro de Belinda, después de cubrir su faz lívida, donde los verdes ojos y los rojos labios barnizados de *rouge*, eran ya las únicas notas de color. Otra servilleta fue a tapar pudorosamente los pechos enhiestos del cadáver.

—Dios... —jadeó Donald, muy pálido, tomando con un pañuelo una botella de brandy de la barra y apurando un largo trago—. ¿Qué ha sucedido aquí, precisamente hoy?

Contempló el teléfono colgando, siempre como un verde péndulo liviano. Miró en derredor, sin entender. Todo a punto para una cena. Un teléfono descolgado. Una mujer a medio vestir. Asesinada con un golpe de arma punzante en el torso, sobre el corazón.

Miró a una estancia vecina. No estaba iluminada, pero la claridad del *living* bastaba para descubrir la cama. Y sobre ella, el vestido de noche de Belinda, color verde oscuro. Y los zapatos al pie, de raso oscuro.

Ya no vestiría eso ni nada. Sólo el sudario, dentro de un ataúd. Contempló el mechón de rojos cabellos, saliendo de debajo de la servilleta color naranja. Parecía imposible. Pero la única persona en quien pensó apenas abandonada la Penitenciaría estaba allí, ante él. Muerta. Incapaz de ayudarle ya en nada.

—¿Por qué? —musitó, contemplando las piernas desnudas del cuerpo femenino—. ¿Por qué, Belinda?

Ella no podía responderle. Ni siquiera le oía. Era un monólogo inútil,

pero tenía que hablar a alguien, aunque fuese solo a un cadáver. Sentía necesidad de hacerlo. Esto de ahora resultaba demasiado duro, después de aquellos años de aislamiento, de soledad, de distancia.

Contempló una fotografía en color sobre un estante. Enmarcada en plata. Una pareja en un paisaje nevado, con jersey de vivos colores, con esquíes... Ella era Belinda. El, un desconocido joven moreno, de ojos oscuros, de ancha sonrisa, de blancos dientes. La tenía muy abrazada contra sí.

La fotografía estaba dedicada: «A Belinda, con mi amor. Siempre seré tuyo. Y tú, mía. O de nadie. Tu Frank».

Frank... No sabía quién podía ser. Nunca oyó hablar de él ni vio su rostro de joven y agraciado *play boy* «a la latina». Pero a la vista del cadáver, aquella dedicatoria era bastante expresiva. E inquietante también.

Arrancó la fotografía del marco. La dobló, guardándola en su chaqueta. Podía significar algo en alguna ocasión inmediata o remota. No lo sabía, pero su instinto, agudizado por la urgencia trágica del momento, le decía que era, acaso, un importante indicio que alguien podía tener interés en hacer desaparecer.

Abrió unas gavetas de un mueble. Halló objetos femeninos; una caja de costura, un joyero, bisutería, prendas femeninas íntimas, maquillajes, un estuche de manicura... y una pistola automática.

Eso no era tan femenino, pensó con ella en la mano. Era pequeña, eso sí. Como un juguete. Pero un juguete de calibre 22, con cachas de nácar y metal labrado. Una joya de lujo. Comprobó que tenía íntegro su cargador de ocho balas. Suficientes para matar a más de uno, ciertamente.

Guardó también el arma consigo. Podía serle de alguna ayuda, no tardando mucho. Aunque también podía reintegrarle a prisión, por tenencia ilícita de armas, siendo ex recluso. Correría ese riesgo.

Entró en el dormitorio. Encendió la luz. Miró en torno. Todo en orden. La ropa, los zapatos... Incluso un frasco de perfume a mano. Aroma silvestre. Y una sortija con una esmeralda cuadrangular, montada en platino. Sería costosa. Pero no había ido allí a desvalijar a nadie, y menos a Belinda. Menos aún, estando ella muerta.

Dejó la joya allí, sin rozarla siquiera. Siguió buscando en torno. Buscando algo, lo que fuese. Belinda nunca tuvo armas consigo, que él supiera. Y él sabía muchas cosas sobre Belinda. ¿Temía algo? ¿La asesinaron a pesar de esas prevenciones? ¿Alguien conocido? ¿El misterioso invitado que hacía el número dos en la mesa bien servida? ¿Una tercera persona, ajena a la cita nocturna en el *bungalow*?

Donald no quiso hacerse más preguntas. Se sentía demasiado confuso

para ello. Allí no encontraría las respuestas.

Halló en una gaveta, en un mueble situado en un rincón de la alcoba de Belinda, una serie de fotografías ante un altísimo edificio blanco y gris, aséptico, cuajado de vidrio, de aluminio, de cemento. No supo identificarlo. Llevaba demasiado tiempo encarcelado. Quizá no existía cuando él fue condenado. No le era familiar esa arquitectura, salvo por la televisión que podía contemplar en las horas de recreo de la penitenciaría. Muy moderno, ciertamente, era aquel edificio. Y muy amplio.

Estaba sola en casi todas las fotografías. Ante un automóvil color blanco deslumbrante, un modernísimo «Ford» deportivo. En dos de ellas, con una muchacha joven, de cabellos color miel, de grandes y sorprendentes ojos azules, vestida con una falda brevísima, que él jamás había visto antes de su encarcelamiento, en una calle de la ciudad. Virtualmente, una falda de cuero que apenas si cubría la parte superior de los muslos. Y eso que estaba en pie la jovencita...

Guardó esas fotografías también. Debajo, contempló algo curioso; un programa de mano, color oro. En su portada, en letras azules, de raro diseño, anunciaba su contenido:

GUIA Y CATALOGO DE OBRAS EXPUESTAS
GALERIA DE ARTE MODERNO ARGOS
EXHIBIDOR: BASIL ZERTOK

Lo abrió, hojeándolo distraído. Era raro. Se irguió, contemplándolo curioso.

Todo eran reproducciones de cuadros abstractos y esculturas de igual tipo. Todas, a su vez, ricas en formas retorcidas, extrañas. Y en rojos violentos, bien reproducidos en las imágenes en color del folleto. Rojos de sangre, rojos de violencia latente...

Dentro del folleto, otro más pequeño, altamente distinto al de la Galería de Arte; una guía de visita a un llamado NEW SCIENCE BUILDING.

—Nuevo Edificio de la Ciencia... —repitió en voz alta—. Y una Galería de Arte Moderno... Extrañas aficiones para Belinda. Ella nunca se ocupó de cosas así...

También recogió todo eso, doblándolo y hundiéndolo en el bolsillo de su chaqueta. Luego echó a andar hacia la salida del dormitorio, siempre sin tocar nada con sus dedos, manejando estos con la protección del pañuelo... o simplemente sin manipular cosa alguna.

Se paró en seco al salir al *living*.

El hombre erguido ante el cadáver de Belinda Steel alzó la cabeza, contemplándole con horror. De sus labios crispados brotó un grito ronco:

—¡Asesino! ¡Ha matado usted a Belinda! ¡La ha matado!

* * *

Donald Lee podía hacer pocas cosas en aquellas circunstancias.

Hizo lo único posible, cuando el otro hombre, el desconocido alto, rubio, enjuto y de ademanes sensitivos y voz aguda, intentó gritar, provocando la alarma, tras el impacto doble que para él había sin duda, el encuentro con un cadáver ensangrentado y con un hombre que salía del dormitorio de la víctima.

Donald se movió con celeridad. Y con precisión en sus movimientos. Descargó un seco impacto al mentón de su antagonista. Le alcanzó de lleno. Fue un sordo, duro mazazo. El desconocido puso en blanco sus claros ojos redondos. Su faz enjuta reflejó un desmadejamiento total. Se derrumbó junto al cuerpo sin vida de Belinda. Como un fardo. Quedóse inmóvil.

Donald Lee miró en torno, indeciso. La situación era grave. Aquel desconocido le había acusado de ser culpable. Si se provocaba la alarma, también el conserje armado pensaría lo mismo. ¿Y qué decir de los policías, cuando llegasen, tratándose de un ex convicto, recién salido de una penitenciaría del Estado?

No se entretuvo más. Corrió a la salida del *bungalow* 16. La alcanzó, y se detuvo, escudriñando en torno. Había un automóvil blanco, deslumbrante, aparcado en frente, un *cupé* europeo. Se inclinó, leyendo su tarjeta frontal. Estaba a nombre de un tal Basil Zertok. Recordó: artista que exhibía sus obras en la Galería de Arte Moderno Argos. Miró adentro. ¿Zertok? Posiblemente sí.

Tocó el radiador del coche rojo. Caliente. Acababa de llegar. Sí, el hombre delgado, de ojos azules, debía de ser el artista Zertok. Corrió al coche blanco. Leyó su indicación de titularidad:

—Belinda Steel... —recitó en voz alta. Y sus ojos brillaron, fijos en la portezuela, de vidrio a medio abrir. ¡Las llaves del encendido colgaban del *tablier*! Rápido, introdujo su mano por el hueco.

Abrió la portezuela. Metióse dentro, cerrando tras de sí. Puso el motor en marcha. Respondió. Tenía gasolina suficiente. Viró, enfilando la salida. Aceleró, por la senda descendente de embaldosado.

El guardia uniformado de la puerta de acceso a la serie de *bungalows* del complejo residencial apareció inmediatamente, con la expresión fija en el coche, dispuesto sin duda a mover la valla de paso solo cuando comprobase la identidad real del ocupante del coche. En su derecha

aparecía una lámpara eléctrica, que iba a asestar sobre el conductor y naturalmente, sobre la licencia de rodaje del vehículo.

Donald Lee sabía lo que sucedería luego, cuando eso ocurriera. El empleado se negaría a darle salida con el coche propiedad de Belinda Steel. Llamaría al *bungalow*. Al comprobar que el teléfono seguía comunicando, entraría en sospechas. Querría investigar. Y eso sería el caos final para él. De allí a una oficina policial, como sospechoso arrestado, había solamente un paso. Y muy breve.

De modo que Donald hizo todo lo contrario a aquello que podía esperar el policía de la entrada. Cuando le vio alzar su mano izquierda, en señal de «alto», pisó el acelerador a fondo, se inclinó sobre el volante, y cerró a medias sus ojos.

El guardián gritó, tirándose vertiginosamente a un lado. El coche deportivo blanco se estrelló contra la barrera, arrancándola de cuajo, con un chisporroteo de su circuito automático. Pasó como una exhalación, con abolladuras profundas en su parte delantera, saltando al asfalto de la calle amplia, rectilínea, poco frecuentada a aquellas horas de la noche.

El silbato del empleado sonó, estridente, tras él. No se detuvo por eso. Tras el viraje cerrado, para enfilarse la avenida, marchó por esta a toda velocidad, sin detenerse, sin mirar atrás, sin el menor entretenimiento que pudiera frenar su fuga.

Viró en otra esquina, luego en otra... y finalmente, ya lejos de la zona residencial de los *bungalows*, Donald Lee fue reduciendo la marcha, para terminar deteniendo el coche en un pasaje oscuro, entre una alta cerca de ladrillo y un edificio en sombras, en un sector industrial de la ciudad.

Respiró hondo, encendió un cigarrillo, apoyado en el volante, procurando recuperar el aliento y también la serenidad. Miró ante sí, a la calleja en sombras, al oscuro asfalto, a los muros rojo oscuros, a las zonas de sombra, a los cubos de desperdicios, a las lejanas luces de ventanas con ropas colgadas, al elevado suburbano, que pasaba veloz hacia los puntos más alejados del centro de la ciudad.

—Cielos... —musitó—. ¿Servirá de algo? Tienen mi nombre, saben que estuve allí, que tuve relaciones íntimas con Belinda antes de estos años, que acaso pensé en volver para vengarme... De cualquier modo, me he metido en este nuevo lío hasta el cuello. Pero ¿qué diablos podía hacer yo?

Donald se enjugó el sudor de la frente con un manotazo. Fumó, nervioso, pero iba sintiéndose más calmado. Pensó en Belinda, en su cadáver, en la herida punzante de sus pechos.

Trató de imaginarse un arma capaz de causar aquella incisión hasta el corazón, única y mortal. Un golpe certero. El asesino sabía lo que hacía.

Pero, además, el arma utilizada era afiladísima, punzante... Una especie de daga, sin duda. Larga, de doble filo, de punta muy aguzada... Un arma poco frecuente, sin duda. Menos corriente que un cuchillo, una navaja e incluso un bisturí. Acaso un estilete. Acaso...

Sacudió la cabeza. Miró el indicador de gasolina. Apenas unas onzas en el depósito. Y las abolladuras en el metal pintado de blanco, y los desconchados... No podía ir a ninguna parte con aquel coche. Las patrullas urbanas estarían ya sobre aviso, batiendo toda la ciudad en busca de vehículo y conductor.

—No tengo demasiada buena suerte, que se diga... —refunfuñó—. ¿Cuántos años serán ahora, por otra cosa que no hice? ¿O acaso no se conformarán con eso... y me tostarán en la silla eléctrica?

Se encogió de hombros. No le importaba ya nada. O casi nada. Le acompañaba la fatalidad. Y quizá por ello era fatalista también. Que ocurriera lo que fuese. Estaba dispuesto a todo. Incluso a ser ejecutado, sacrificado por culpas ajenas. No le venía de nuevas. No creía en la justicia. Nunca había creído. Ahora, menos que nunca. Los hombres tampoco hacían nada por cambiar sus ideas.

Abrió el *tablier*. Encontró una guía urbana, un espejo, un peine, un frasco de loción femenina, un paquete de cigarrillos emboquillados, una caja de fósforos publicitaria... También algo práctico y confortante en su actual situación; un fajo de billetes nuevos.

Y un sobre rasgado, con una tarjeta dentro. Una invitación impresa. Leyó la tarjeta, y leyó el sobre. A nombre de Belinda Steel. Con membrete del *New Science Building*. Y un subtítulo:

ESTUDIOS CIENTIFICO-TECNICOS DEL GOBIERNO
DE LOS ESTADOS UNIDOS
DEPARTAMENTO DE BIOCIBERNETICA

Frunció el ceño. Ciencias, Biocibernética, estudios técnicos... Cosas raras, relacionándolas con una mujer como Belinda Steel. Cosas raras, como aquel Basil Zertok y su exposición de arte moderno en una galería conocida...

Cosas que no encajaban con Belinda. Ni con sus gustos personales. Al menos, no con los de antes, los de cinco años atrás.

—¿Qué diablos está ocurriendo aquí? —se preguntó—. ¿Qué pasó con Belinda? A ella le importaba un ardite las Ciencias, la Técnica, el Arte...

Salió del coche blanco. Lo cerró, llevándose las llaves consigo. No sabía por qué, pero pensó que era mejor dejar inutilizado el «Ford» blanco de Belinda.

Se alejó cuanto le fue, posible de aquel pasaje. Sentía en su bolsillo la confortante presencia de un volumen agradable al tacto, crujiente y terso; los billetes... Se detuvo a examinarlos, bajo un farol del alumbrado callejero.

Eran billetes de cien dólares. Con la faja de un Banco, intacta.

Se sobresaltó. ¡Billetes de cien! Primero había pensado en piezas de diez. Pero siendo de cien... Contó. Al menos, había allí cien de ellos.

—Diez mil... —silbó entre dientes—. ¡Cielos, una pequeña fortuna!

No tan pequeña para él. Pero sí para otros. Diez mil dólares en un *tablier* de coche. Y ella dejaba la portezuela abierta, las llaves dentro... Singular confianza. Belinda siempre amó dos cosas por encima de todas; dinero y joyas. Luego, en tercer lugar, los hombres.

Además de relacionarse de algún modo con ciencias y arte, resultaba ahora confiada y desprendida con el dinero... Insólito.

—No puedo entender... —sacudió la cabeza Donald Lee—. ¿Qué es lo que está sucediendo en realidad? ¿Cambió tanto de personalidad Belinda?

Claro que habían sido cinco años. Pero cinco años, en una mujer de veintisiete cumplidos, no la hacen cambiar tanto. Madura hasta los treinta y dos —y el cadáver revelaba que los había cumplido con vitalidad y exuberante juventud física, pero nada más. Sobre todo, cuando no hay una base intelectual para ello. Y en Belinda podía buscarse cualquier base menos la intelectual, ciertamente.

Siguió adelante. Había pensado dirigirse a un lugar concreto, muy conocido por él. Quizá ya no existía. O habría cambiado, como cambia todo en un puñado de años. Pero hay algo que nunca cambia; los seres que ocupan un lugar. Ellos serían los mismos de siempre. Y eso era lo que contaba.

Eso... y él. Lo demás era secundario. Incluso la pobre Belinda ahora.

Pero repentinamente, una idea había alterado sus planes iniciales. Aquel sobre, aquella tarjeta o invitación, aquel membrete: New Science Building. Estudios Científico-Técnicos del Gobierno. Departamento de Biocibernética...

Algo que no encajaba con Belinda. Se preguntó qué había entre ella y ese lugar insólito. Por ello, cuando alcanzó un taxi, a varias manzanas de distancia, le dio la dirección del sobre. El coche de alquiler arrancó, sin que el taxista necesitara más datos.

* * *

Era un soberbio edificio. Al menos con veinte pisos. Estructura

metálica, mucho aluminio, vidrio, cemento. Un bloque lineal, vertical y frío. Deshumanizado, como todo en el mundo que le rodeaba desde que abandonó la gris penitenciaría.

Le resultó familiar. Recordó las fotografías de Belinda. El edificio moderno. Era el mismo.

Luz. Mucha luz. Raudales de luz en los accesos, en las aceras, en las grandes vidrieras, en el panel frontal, puramente picassiano. El taxi no pudo detenerse en la entrada. Había coches-patrulla, curiosos, agentes uniformados...

—Siga —indicó, rápido, Donald Lee—. Pare en la próxima esquina, por favor.

Asintió el taxista y obedeció. Lee descendió allí del coche. Pagó la carrera y se detuvo, contemplando pensativo el gran edificio moderno, parecido a un hospital. Setos y rectángulos de césped rodeaban su bloque arquitectónico, feo y rígido.

Avanzó con cautela. Se mezcló entre los curiosos. Las luces de los coches-patrulla, giraban y giraban, con alocado ritmo de color intermitente. Había agentes en los accesos. Y reporteros.

Oyó un comentario, al vuelo, de labios de algún curioso:

—Era uno de los profesores... Lo encontraron muerto...

—Dicen que ha sido un asesinato... —añadió otro.

—Seguro. Creo que le clavaron algo en el cuello... Hasta entre esa gente científica existen criminales, ya ve...

Lee inclinó la cabeza. Se frotó el mentón. Un profesor. Asesinado. Con algo clavado en el cuello... También Belinda murió con algo clavado en su seno. Curiosa coincidencia...

¿O no era coincidencia, simplemente?

Se apartó. Era una vecindad peligrosa aquella. Demasiados coches patrulleros. Demasiada policía.

Rodeó el edificio. Había numerosas puertas posteriores en el edificio. Coches-patrulla se acercaban, haciendo ulular sus sirenas, por otras calles cercanas. Donald Lee clavó sus ojos en una pequeña, junto a un restaurante cerrado, en cuyas vidrieras se anunciaban platos combinados y menús especiales, sin duda para consumo casi exclusivo de los numerosos empleados en el Edificio de la Ciencia Nueva.

La puerta se había abierto. Un pálido, demudado rostro de mujer, asomaba al exterior. Unos ojos dilatados, medrosos, se clavaban en la calle. Luego, una figura joven, esbelta, furtiva, saltó a la acera, se deslizó veloz entre los setos y el césped.

Cuando las sirenas policiales sonaron próximas, ella giró el rostro.

Clavó su mirada temerosa en los faros y la luz parpadeante de uno de los coches que surgían por una calle adyacente. Aceleró el paso echando virtualmente a correr, salvando la calzada, y alcanzando la otra acera.

Llamó a un taxi, pero este, demasiado lejano, pasó sin atenderla. Se detuvo, trémula, apoyada en el muro, mirando con terror al edificio aséptico y lineal, al coche patrulla que, seguido por otros dos, cerraba ya toda posible vía de evasión del bloque de pisos luminosos del New Science Building.

Donald Lee tomó una decisión rápida. Cruzó la calle desde la acera opuesta. Avanzó hacia la joven desconocida. Ella le vio venir. Se asustó. Inició la carrera. Donald aceleró, a grandes zancadas. Le dio alcance en la esquina opuesta, ya con los coches patrullas algo distantes. Estiró el brazo. Aferró el de ella. La joven no gritó. Se limitó a gemir. Oyó su voz quebrada, rota por un sollozo de angustia:

—No, no me mire así, por Dios... No estoy loca... ¡No soy una demente!

—¿Quién ha dicho que lo sea? —cortó Donald bruscamente. La sujetó contra el muro, con una ojeada de soslayo a los coches policiales y los curiosos que se iban agolpando también, ahora, en la parte trasera del edificio científico—. Tranquílcese. No pretendo causarle daño alguno...

—Es cierto, es cierto... —sollozó ella—. El profesor... El profesor estaba muerto... Le habían asesinado... Pero yo no... Yo no lo hice...

—No hizo, ¿el qué?

—Asesinarle... ¡Yo no podía matar al profesor!

—Claro que no. ¿Quién ha dicho que lo hiciera?

—Usted... Usted es uno de ellos...

—¿Uno... de quién?

—De ellos... La policía... —le contempló con angustia, con pánico incluso—. ¡Es un policía, y viene a acusarme, a devolverme al sanatorio...!

—El sanatorio... No, no voy a hacer eso. Ni siquiera soy un policía...

—Miente. ¡Miente! ¡Es un policía... o un psiquiatra! —casi gritó ella.

—No levante la voz, por favor —puso su mano sobre la boca de ella, sin violencia. Miró a ambos lados, temeroso—. No soy nada de eso, esté segura. No sé quién sea usted, pero parece evidente que alguien ha muerto ahí dentro, y usted teme ser acusada de esa muerte...

—Si usted supiera... —jadeó la joven, a flor de labio—. Me persiguen... Me acosan...

—Entiendo lo que siente —suspiró Donald—. Yo sé lo que es ser perseguido, no lo dude. Venga conmigo ahora. Hablaremos de ello en otro lugar. Este no es el más adecuado...

La tomó de la mano. Se alejó con ella de aquel punto. En el cruce inmediato se tropezaron con un taxi. Lo detuvo Donald. Subieron a él. El coche arrancó. Lee dio una dirección al azar, en el centro de la ciudad. El taxista marchó a buena velocidad. Ambos viajeros se miraron en silencio.

Había todavía temor en los abiertos ojos de la joven. Ojos pardos, vivos, inteligentes, sensitivos. Ojos que reflejaban un miedo instintivo, casi animal. Pero no vio en ellos el menor indicio de desequilibrio mental.

Ella le estudiaba con recelo, desconfiada aún. Indagó, con voz trémula, insegura:

—¿De verdad no le envía Scholl... o el doctor Strauss?

—¿Scholl? ¿Strauss? No oí nunca esos nombres, palabra —le sonrió, animoso—. Me llamo Donald Lee. También estoy en apuros, más o menos como usted. Buscaba algo en ese edificio científico. Y la encuentro a usted. Y... y un crimen...

Dijo esto último apenas en un murmullo que el taxista no pudiera captar. Ella asintió, más calmada. Sacudió la cabeza. Tenía cabellos oscuros, de un color caoba intenso.

—Un crimen... —ella se estremeció—. Fue horrible. Me encontré el cadáver... Era el profesor Warren...

—¿Amigo suyo?

—Tío de mi mejor amiga —musitó ella—. No sé cómo pudieron asesinarle. No tiene sentido.

—¿Cómo ocurrió?

—No sé... Le clavaron algo en la garganta. Muy profundo. Debieron matarle en el acto. Había mucha sangre...

—¿Qué clase de arma? ¿Un puñal, una navaja?

—No podría decirlo... Pero creo que más estrecho, más profundo...

—¿Un estilete?

—Quizá. O una especie de hondo punzón... Algo así tuvo que ser... Pero había tanta sangre que escapé...

Donald asintió. Señaló sus pies. Ella se miró. Sufrió una convulsión y dilató sus ojos.

—Lo vi apenas salió de ese edificio —susurró Donald—. Sangre en sus zapatos. Debe deshacerse de ellos. Sin duda rozó el cuerpo o su sangre derramada... ¿Por qué fue allá?

—Necesitaba amigos, alguien que me ayudase...

—¿El profesor Warren podía ayudarla?

—Sí... Creo que sí...

—¿En qué?

—En evitar que me encerrasen de nuevo. Él es... Él era una buena

persona. Honesto, noble... No como Edward...

—¿Edward?

—Mac Eveety. Edward Mac Eveety, mi tutor.

—¿Tiene un tutor?

—El que administra mi fortuna. El que me encerró en la clínica para enfermos mentales, en complicidad con Strauss, el psiquiatra...

—Ya entiendo. Se hizo otras veces. Siempre que una rica heredera estorba... se la elimina de ese modo. Así, todo queda en poder del tutor.

—Eso es —le miró, inquieta—. Pero eso es lo que dicen también muchos locos auténticos. Afirman, como yo, que son víctimas de un complot. He visto a otros en cuya sinceridad creí, para luego ver que, realmente, ellos sí eran dementes. Yo no debo afirmar que no lo sea, o demostraré estar rematadamente loca. Es lo que aseguran los médicos, señor Lee...

—Sí, he oído hablar de ello —rio entre dientes Donald—. Pero si usted está realmente loca, es que cometo un error muy grande. O que usted es una gran actriz, señorita... ¿Me dijo su nombre, tal vez?

—No. No se lo dije. Soy Beverly Taylor. Hija del fallecido Conrad Taylor. Heredera de su fortuna, pero bajo la tutela de Edward Mac Eveety, un rico pariente. No tan rico ahora, sospecho. Dilapidó su fortuna, y temo que haga lo mismo con la mía. Por eso mi libertad es un estorbo para él. Seré mayor de edad dentro de once meses... y deberá rendirme cuentas. Por eso me internó. Tuvo buena ayuda en el doctor Strauss, un psiquiatra desaprensivo. Y en el hecho de que mi padre... muriese demente. Se suicidó, en un ataque de locura.

—Ya... —Donald inclinó la cabeza. Hubo un silencio. Rodaban por la ciudad, por la gran jungla de asfalto, a velocidad considerable. El taxista no parecía escuchar su conversación desarrollada en tono confidencial. Al menos, eso esperaba Donald Lee.

Tras un silencio, fue ella quien habló de nuevo, con un hilo de voz:

—Y ahora... ¿qué va a hacer usted conmigo?

Donald Lee la miró. Había cierto patetismo en su gesto, en su aspecto, en su modo apagado, susurrante, implorado, de preguntar aquello.

Respondió con sencillez, con tono enérgico, intentando inculcarle confianza, fe, una cierta seguridad en sí misma:

—De momento, cuidar de usted. Y de paso, pedirle que me acompañe.

—¿Acompañarle? ¿Adónde?

—A un lugar donde tengo que averiguar por qué ese amigo suyo, el profesor Warren, ha sido muerto esta noche, en ese edificio científico... seguramente por la misma arma y la misma mano que lo fue, poco antes,

una muchacha que significó algo en mi vida, hace casi cinco años...

CAPÍTULO IV

Seguía siendo un *burlesque* de lujo. De más lujo, quizá, que entonces. Pero de condición artística aproximadamente igual. El *striptease* era aún el número del *show*. Y lo seguiría siendo, mientras la gente buscara allí lo que buscaba. Que, aproximadamente, acostumbra a ser siempre lo mismo, en el público masculino.

Se seguía llamando igual que entonces, aunque su fachada estuviese revocada, el luminoso fuera más intenso y más parpadeante, y el portero de la entrada luciera un uniforme más suntuoso.

—Hemos llegado —dijo Donald Lee—. Es aquí.

—Variety —dijo ella, leyendo el pestañeante, cegador rótulo—. ¿Es un club nocturno?

—Más o menos —rio Donald entre dientes—. No le sorprenda si hemos de salir apresuradamente de él. Lo regentan viejos amigos. Pero no creo que les guste verme por aquí otra vez.

—¿Es cierto lo que me ha contado usted por el camino? —dudó ella—. ¿Estuvo... encarcelado durante cinco años... por algo que no cometió?

—No le he mentado, Beverly, se lo aseguro. Esa es mi historia.

—Resulta aún peor que la mía. Yo solo estuve unos meses en la clínica... y pude huir.

—De la penitenciaría nadie huye. Y el que lo hace, vuelve allá con un recargo de tiempo de encierro. No vale la pena probar, créame.

—¿Ellos tuvieron la culpa? —señaló a la puerta del local.

—No lo sé a ciencia cierta. Alguno de ellos —se encogió de hombros—. O Belinda, la chica muerta...

—¿Qué relación puede tener toda esa gente que usted conoce... con un hombre como el profesor Herbert Warren, biólogo del Gobierno? Acaso todo haya sido una casualidad, pura coincidencia...

—Lo sería, sin duda... si no estuviese en poder de Belinda esa tarjeta del edificio de la Nueva Ciencia... y las fotografías ante el mismo, con su coche blanco, su «Ford» deportivo blanco. Ella visitó el edificio por alguna razón, y tenía contacto con persona del mismo, posiblemente por las mismas causas. Tiene incluso una fotografía con una muchacha joven, de minifalda de cuero, con pelo color rubio miel, ojos claros...

—¡Kim! —gritó bruscamente ella, parándose en seco, y sujetando su

brazo, con alguna excitación—. ¡Es Kim!

—¿Kim? ¿Qué quiere decir? —miró Donald en torno—. ¿Quién es Kim?

—La muchacha que usted ha descrito... Es Kim Warren... La sobrina del profesor...

—Vaya —Donald entornó los ojos—. Tiene muy bonitas piernas.

—Mucho —sonrió ella, a su pesar—. Y sabe lucirlas.

—Sí, eso pienso. ¿Es su amiguita?

—Lo es. Estudia Cibernética y Biología.

—Cibernética... Biología... —Donald frunció el ceño—. Creí que eran ramas muy diferentes de la Ciencia. Una, tratando de electrónica... La otra de seres vivos...

—Hay una nueva rama que las une; la Biocibernética. Es el medio de estudiar la informática, aplicada a la vida humana, y considerando al ser humano como una máquina en funcionamiento. También posible de ser controlada por medio de una informática mecánica, para diagnósticos, fichas, expedientes biológicos y todo eso. Es muy complejo todo. Yo no entiendo de ello. Kim, sí.

—Bien. Olvidemos, de momento, la Biología y la Cibernética —suspiró Lee—. No sé el papel que jugará en este problema, pero por ahora, estamos en el Variety. Y aquí, lo único que importa a los clientes es una máquina realmente casi perfecta; la del cuerpo femenino... en especial en su envoltura. Vamos ya. Y no tome iniciativa alguna. Deje que actúe yo a mi modo.

Ella asintió, con algún recelo. Y de modo instintivo, tomó con fuerza la mano de Donald, apretó sus dedos, como los de un joven camarada a quién conociese de toda su vida. Ambos entraron, decididos, en el Variety.

Donald Lee sabía que era un paso arriesgado. Peligrosísimo. Pero tenía que darlo. Al precio que fuese.

* * *

El capitán Hendrick dio unos pasos. Hundió las manos en los bolsillos. Contempló de nuevo, con helada expresión, el lugar donde reposaba aquel bulto cubierto con la sábana.

—Si —dijo—. Pueden actuar.

Y se volvió, pensativo, clavando los ojos en el vacío, en un punto inconcreto, que no le permitiera advertir las manipulaciones de los enfermeros, trasladando el cuerpo a la camilla.

Luego, desfilaron con esta, camino de la salida. Hendrick volvió a

contemplar el suelo del linóleo gris pizarra, terso y brillante. La silueta en blanco era clara, nítida. Sólo eso ya; la silueta. El cuerpo había desaparecido.

Los fotógrafos de la policía terminaban su labor, tomando fotografías allí donde estuviera antes el cuerpo de Warren, y ahora solamente unas líneas marcadas con tiza, perfectamente claras. Era labor de rutina. Nada especial en todo ello. Hendrick, ceñudo, les vio actuar.

—¿Algo más, capitán? —preguntó el jefe del personal técnico.

—No, nada —negó—. Pueden irse. Espero copias de esas fotografías lo antes posible.

—Las tendrá como siempre —sonrió el funcionario, asintiendo.

Hendrick no dijo nada. Encajó las mandíbulas. El forense le había dicho poco antes algo parecido: «En cuanto se practique la autopsia, recibirá el informe médico completo».

Todos hablaban igual. Como lo harían siempre, en todo hecho semejante, en todo caso de homicidio. No tenían por qué ser diferentes. Era un homicidio más No para él, claro.

Herbert era algo más que un simple cadáver. Bastante más que otra víctima cualquiera. Herbert Warren había sido un amigo; un buen amigo. Ahora estaba muerto. Asesinado por alguien que no tuvo piedad alguna con él.

Le había intentado llamar, trató de decirle algo por teléfono. Ahora los teléfonos de aquel sector estaban desconectados, por un corte de los cables en la caja de conexiones del ala del edificio. Luego, debieron matar a Warren.

Era policía. Era un experto en homicidios. No había podido hacer nada por su amigo, el profesor. Tampoco podía hacer nada ahora, salvo lo rutinario, lo de siempre. No tenía datos, no tenía indicios. No tenía, prácticamente, nada.

Sólo aquella llamada a Homicidios. Y el subsiguiente corte en la comunicación, que resultó definitivo. Cuando llegó al edificio, todo había ocurrido ya. El profesor estaba sin vida. Asesinado, con algo punzante y profundo que se hincó en su garganta implacablemente.

Caminó despacio hasta la puerta del despacho que pertenecía al profesor Ian Carter, de Biología. Vecino al de Warren. El profesor había ido allí a intentar otra llamada, sin duda alguna. Y allí le sorprendió la muerte. Allí le dio caza el asesino...

Hendrick dejó de pensar en ello. La voz había sonado tras él:

—¿Desea algo más de mí, capitán?

El policía se volvió. Contempló a la rubia y eficiente dama, de fría

expresión y ojos inteligentes. Negó despacio.

—No lo creo, doctora Nilsen —dijo—. Usted no sabe mucho, después de todo...

—No, no mucho —admitió ella—. Y lo que sé, ya se lo dije. Absolutamente todo, capitán. Me gustaría poderle ayudar más, pero, aunque el profesor Warren me pareció nervioso, inquieto, no pude saber a qué se debía tan insólito estado de ánimo en una persona como él. Eso sí, venía de otra zona del edificio, pero es todo lo que sé.

—Según usted, de la zona sur de esta edificación —recordó Hendrick, ceñudo.

—Exactamente, sí. El sector sur. Es dónde están los archivos, las computadoras y todo eso. Pero también los accesos a otros puntos de este edificio.

—Por lo tanto, no nos aclara nada.

—Me temo que no —sonrió la doctora, pensativa—. Lamento no saber más. Todo esto resulta tan sorprendente... Un centro científico no es el lugar adecuado para sucesos de esta índole, ¿no cree, capitán?

—En cualquier lugar del mundo puede haber un asesino, doctora. Y una víctima también. Depende de las pasiones humanas, de lo que alguien sabe... y de lo que alguien quiere que los demás sigan ignorando.

—¿Cree usted que el profesor Warren sabía algo que le costó la vida?

—Más o menos —la estudió fijamente—. Doctora, en eso sí puede usted ayudarme. ¿Cuál, exactamente, era la actividad del profesor Warren dentro de esta organización?

—Puede decirse que era muy compleja. Iba desde la comprobación de programadores hasta el estudio de los análisis biológicos aquí realizados. Quiero decir que se ocupaba, indistintamente, del aspecto científico y técnico de las tareas de este Departamento.

—Y todo por cuenta del Gobierno.

—En efecto. Como todos nosotros.

—¿Ha ocurrido algo anormal últimamente en este edificio? —quiso saber Hendrick.

—Que yo sepa, no. Este es el primer suceso fuera de lo corriente. Existen, como en todas partes, irregularidades y problemas, pero ninguno de tipo... delictivo, para ser exactos.

—Ya —Hendrick respiró hondo, dando unos pasos por el despacho, hasta el corredor luminoso y aséptico—. Gracias, doctora. Creo que es todo. No deseo molestará más.

—No es molestia, capitán. Sé que, además de policía actúa usted en esto como persona amiga del profesor Warren. Deseo que, por usted, por

él, y por todos nosotros, encuentre pronto la razón de un suceso semejante.

—Gracias, doctora —declaró Hendrick, ceñudo. Luego se volvió al hombre que apreciaba en la puerta, tosiendo discretamente—. ¿Sí, Scott?

Era un policía de su Departamento. Se inclinó, hablando con él presuroso, en voz baja. Hendrick reveló sorpresa en su mirada. Detuvo a la doctora Nilsen que abandonaba el despacho.

—Un momento, por favor —pidió—. ¿Sabe usted algo sobre una mujer joven, visitante del profesor Warren?

—¿Una mujer joven? ¿Aquí? —se sorprendió la doctora.

—Sí. Una muchacha como de veinte años o cosa parecida...

—Oh, debe referirse a su sobrina, a Kim Warren —asintió la doctora—. Una muchacha inteligente y encantadora. Estudia Biología. Cabellos claros, ojos azules...

—No —negó rotundo Hendrick—. Cabellos caoba oscuros. Ojos pardos. Gesto asustado.

—Pues... no —declaró sorprendida—. Esa no es Kim Warren. Conozco a la sobrina del profesor. Nunca cambió el color de su cabello. Y menos el de sus ojos, claro está. Tampoco sé que le visitaran jóvenes de sexo femenino...

—Pues así ocurrió hoy. Han visto a una mujer joven, de esas señas, dentro del edificio. Huyendo de este punto, apenas descubierto el cadáver del profesor.

—Lamento no poderle aclarar nada. Sólo conozco a Kim Warren, la sobrina del profesor. Y ciertamente, esa joven no era ella.

Hendrick no dijo nada. Se limitó a permanecer callado, taciturno. La doctora Nilsen salió del despacho. El policía se quedó a solas con su subordinado. Le contempló, muy fijo.

—¿Quién vio a esa chica? —quiso saber.

—El profesor Jacobs, de Cibernética. Estaba de servicio en la planta superior. Bajaba, atraído por los gritos agudos de la auxiliar de laboratorios Edna Grant, descubridora del cuerpo del profesor Warren, cuando creyó advertir la presencia de una muchacha que no lucía el uniforme de la institución, en el corredor de las oficinas de profesores. Pero lo olvidó enseguida, a causa del tremendo impacto emocional del hallazgo trágico. Luego lo recordó, y trató de dar con la desconocida. No pudo hallarla. Sin embargo, observó que la puerta del despacho del profesor Warren, que estaba abierta, aparecía ahora cerrada. Entró en el despacho, sin encontrar a nadie. Sólo había esto en el suelo...

Se lo entregó a Hendrick. Era una delgada pulsera de plata, rota. Con una placa donde había grabado un nombre. Estaba incompleta. Se podían

leer algunas letras: «Beve»... Era todo lo que se advertía.

—«Beve»... —leyó el oficial de Homicidios—. Extraño nombre, el que empiece así. ¿Ha pensado en alguno?

—Sí, capitán; Beverly. Es el único que encaja.

—Beverly... ¿Alguna con ese nombre en el edificio?

—Una doctora de genética, en el piso tercero: Beverly Kent. Tiene cincuenta y dos años. Y no está de servicio hoy.

—No importa. Averigüe si es de ella, aunque no lo creo. Y busque a la sobrina de Warren, una joven llamada Kim. Necesito hablar con ella lo antes posible.

—Sí, capitán...

El agente Scott abandonó el despacho. Hendrick, ceñudo, volvió a mirar el dibujo blanco, silueteado en tiza especial, allí donde una joven auxiliar de laboratorio, Edna Grant, hallara el sangrante cuerpo sin vida del profesor Warren, por puro azar, buscando al profesor Ian Carter, que no prestaba sus servicios esa noche en el edificio científico.

Ya había sido cursada una llamada a su domicilio para que se personara allí, así como al director general del establecimiento, el profesor en Biocibernética, Isaac Polonsky.

Algo había sucedido allí dentro esa noche. Un hombre un amigo, había muerto. Y él estaba dispuesto a saber por qué. Y, sobre todo, a manos de quién...

Era como una deuda que tenía con el viejo amigo. Él había recurrido a su amigo Brian Hendrick, de Homicidios, por alguna razón de vital importancia. No pudo establecer contacto con él. Alguien se lo impidió. Alguien que, sin duda, le quitó la vida.

Ahora, cuando ya nada podía hacer por devolverle esa existencia cruelmente arrebatada, cuando menos intentaría hacer justicia y dar con el responsable. A cualquier precio.

Contempló la pulsera de plata, rota.

—Beverly... —murmuró—. No es un nombre de mujer demasiado vulgar... Pero, ¿quién será esa mujer, y que hacía aquí esta madrugada?

* * *

—Cielos, Donald. Sigues teniendo un gusto especial para las chicas...

—Menos tonterías, Maxwell —cortó fríamente Lee—. No he venido a que admires el encanto de quien me acompañe, sino a verte a ti. Personalmente.

—Ya —desvió los ojos de la joven, y los fijó, con expresión helada, en

el joven visitante—. También ha sido una sorpresa. Una gran sorpresa. No sabía que estuvieras en la calle, tan pronto.

—¿Pronto? ¿Llamas pronto a casi cinco años?

—Bueno, no quise decir eso. Tenía entendido que tu condena era de ocho...

—Si te hubieras preocupado un poco más por tu amigo Donald Lee, hubieras sabido que, por buena conducta, me fueron conmutados algo más de tres años...

—No lo sabía —suspiró Brand Maxwell, sacudiendo la cabeza—. Tengo tantas cosas en la cabeza, tantos problemas...

—Supongo que sí —Donald miró, sarcástico, en derredor—. El negocio prosperó. Antes era un tugurio de mala muerte. Ahora, parece algo.

—Ahora es algo —rectificó con aire ofendido Maxwell—. Me costó mis esfuerzos, mi trabajo, mis sinsabores... pero lo logré.

—Mientras yo estaba encarcelado, claro.

—Donald, de veras sentí eso, pero yo nada tuve que ver en ello. Me hablas como con reproche —el rostro afilado, enjuto, pálido y sereno, del hombre de cráneo rapado, ojos estrechos y delicada boquilla de marfil y oro entre sus labios, sosteniendo el cigarrillo de lujo, reveló disgusto—. ¿Qué culpa tuve yo de que te cogieran en algo que estaba al margen de la ley, Donald?

—Yo no hice nada al margen de la ley, salvo cumplir lo que me pidió Belinda, de parte vuestra. Tuya y de Krasner.

—¿Mía? —enarcó sus delgadas cejas, con gesto de asombro—. ¿Estás seguro de lo que dices, Donald? ¿Cómo supones que yo... iba a pedirte algo semejante?

—Belinda lo dijo así. No había motivos para dudar de ella...

—Siempre hubo motivos para dudar de Belinda, por muy sorbido que te tuviera el seso, mí querido Donald —se quejó el esbelto y elegante Maxwell, con indolencia. Ajustó a su ojo un anticuado y *demodée* monóculo, propio de un personaje de opereta de principios de los años veinte—. ¿Cómo pudiste creerla, así como así?

—Ella trabajaba con vosotros. Con Krasner y contigo ¿Por qué dudar de su palabra? La mercancía era vuestra...

—No, Donald. No fue nunca nuestra. Yo jamás me metí a traficar con drogas, créeme. Ella te metió en un buen lío. ¿Cómo no lo revelaste en el juicio?

—No tenía prueba alguna contra Belinda. Ni contra vosotros. Hablé con Krasner, y me dijo que no era cosa suya. Imaginé que eras tú quien estaba en el enredo. Me prometió hablar contigo, buscar una solución a

todo. Pero el veredicto cayó sobre mí, implacable. Y de nada servía ya hablar. Preferí esperar. Esperar cinco años. O los que fueran, Maxwell.

—¿Una venganza, acaso? —Brand Maxwell rio entre dientes—. Perdiste tu tiempo lastimosamente, amigo mío. Yo nunca tuve nada que ver en todo eso. Quizá Krasner creía de buena fe que sí... o quizá no. Fuimos socios, pero no sabía todas sus cosas, ni él todas las mías. Belinda ha sido siempre una chica muy especial, tú lo sabes. Su belleza y atractivo le resultan muy útiles para ello. Y saca de eso todo el provecho posible. Como hizo contigo. Si fuiste inocente, Donald, cometiste una buena tontería. Caíste en el garlito como un tonto. Ahora no podrás hacer nada. Vengarse no es una solución si Belinda te metió en un cepo. Hacerle daño a ella significaría ir a prisión otra vez, estúpidamente.

—¿Qué me sugieres tú, entonces? —preguntó, irónico, Donald Lee.

—Olvidar. Y volver a vivir. Yo te ayudaré. Puedo darte trabajo, ofrecerte amigos, oportunidades...

—No, gracias. No vine a eso aquí.

—Como quieras. ¿Crees que te sobrarán buenos empleos? La gente es muy rara. No esperes que la sociedad olvide fácilmente que eres... un ex recluso.

—No pretendo eso. Sólo deseo demostrar que fui injustamente encarcelado.

—¿Esperas reivindicarte? —sacudió la cabeza—. Será difícil, Donald... Han pasado cinco años de aquello. ¿Dónde encontrar evidencia alguna?

—La buscaré. Contra ti, contra Krasner... o contra Belinda.

—Ten cuidado. Yo soy muy paciente. Pero Krasner no. Ya sabes cómo actúa él.

—Sé cómo sois todos —cortó Donald, acerado el tono—. ¿Qué me dices de Belinda? Imagino que seguiréis siendo buenos amigos...

—¿Ella y yo? —Maxwell sacudió la cabeza—. No, ya no. Hace tiempo que no la veo. También ha prosperado, según creo...

—¿En qué forma? —quiso saber Donald.

—Bueno, se trata con otra gente. De mejor condición social e intelectual. Es lo que dicen, claro. Yo no sé nada. Todo eso pasó.

—¿Y Krasner?

—Dejamos de ser socios. Sigue su camino. Y yo el mío.

—¿Cuál es el suyo? ¿Todavía la trata de blancas y todo eso?

—Cielos, llamas a las cosas por su nombre, ¿eh, Donald, muchacho? —rio forzado Brand Maxwell—. Tendrás que aprender otros modales. Ahora se es menos violento que cuando tú entraste en prisión...

—Yo pienso seguir siendo lo mismo, mientras alguien no me compense

esos cinco años perdidos, Maxwell. ¿Qué es lo que hace Krasner? ¿De qué se ocupa ahora?

—Bueno, viaja mucho, va al extranjero: el Caribe, Europa, Asia... — inclinó la cabeza, con una sonrisa irónica—. Hay quién dice que trabaja para el Gobierno. Espionaje y todas esas cosas, ¿sabes? Pero son simples habladurías. Eso sí, maneja dinero, frecuenta ambientes buenos, se trata con personas importantes...

—No puede ser nada limpio lo que haga —rechazó Donald secamente—. No sería Krasner, en tal caso.

—Eso no lo sé. Ni me importa. Ya te digo que entre Krasner y yo no existe ya lazo comercial alguno. No somos socios.

—Las cosas han cambiado mucho en cinco años...

—Mucho, Donald. Hazme caso. Olvida todo lo ocurrido, y empieza la vida de nuevo. Sin rencores. Yo puedo intentar que... —se detuvo, al sonar su teléfono, en el despacho pequeño y pulcro, de las oficinas del Variety—. Un momento, enseguida estoy contigo.

Descolgó, atendiendo la llamada. De repente, su gesto risueño se alteró. Frunció el ceño. Miró fugazmente a Donald, en tanto escuchaba. Sus monosílabos, secos y breves, se hicieron más hoscos. Donald cambió una mirada con Beverly Taylor.

—Creo que hemos de irnos —musitó en voz baja—. Le están informando de algo...

Había colgado ya Maxwell. Pensativo, contempló a Donald. Sus ojos eran dos frías rendijas, su rostro una máscara tensa, preocupada. Se acercaba, pausado, a su mesa de trabajo, rodeándola sin prisas.

—¿Te han informado ya de lo de Belinda? —preguntó Donald, tajante.

Él se estremeció. Su mirada fue mucho más aguda ahora. Asintió.

—Si —dijo—. ¿Cómo lo sabes?

—He aprendido a ser listo —replicó el joven—. ¿Qué piensas de eso?

—No sé qué pensar...

—Yo no lo hice. La encontré muerta.

—Claro. No dije que lo hicieras. No serías tan tonto. Eso significa... la silla eléctrica. Es un asesinato.

—Lo sé. Y me buscan. Me acusan de ello, no andes con rodeos.

—Bueno, así están las cosas. Armaste una buena. Tienes a todos tras de ti otra vez.

Donald no le perdía de vista. Extrajo del bolsillo su mano derecha. La zurda sujetaba con fuerza la diestra de Beverly. En sus dedos aparecía ahora la bella y pequeña pistola automática.

—Quieto, Maxwell —silabeó—. Conozco tus trucos. Vas a pulsar un

llamador, para atraer a tus esbirros aquí y cazarme en una trampa.

—Eres muy suspicaz. Yo solo pretendo...

—Tú solo pretendes quedar fuera de esto. Si eres culpable, para evitar que te acusen a ti. Si no lo eres, para quitarte las pulgas de encima. Y quizá porque, en el fondo me tienes cierto miedo.

—Admito que no me gusta tu actitud. Pero no te temo. ¿Dispararías sobre mí?

—Si soy el que mató a Belinda... sí. Si no lo soy, posiblemente también. Para evitar que tú me mates a mí, como hiciste, tal vez, con ella.

—No sabes lo que dices. ¿A quién convencerías de eso?

—No sé —rio Donald, agresivo—. Tal vez a los mismos a quienes convencería de que tú has matado al profesor Warren.

—¿A quién? —una repentina, mortal palidez, se extendió por el rostro de Maxwell, que acusó el golpe con evidente desconcierto.

—A Herbert Warren, profesor de Biocibernética del New Science Building, bien lo sabes —jugó Donald la baza de sus suposiciones, audazmente—. ¿No le asesinaste tú?

Hubo un profundo silencio. Maxwell estaba, evidentemente, desorientado, bajo los efectos de un mazazo inesperado por completo.

—¿De qué estás hablando, Donald? —jadeó—. Tú... Tú no puedes conocer nada de ese lugar... Ni puede haber muerto asesinado... el profesor Warren.

—Sí —afirmó Beverly con frialdad—. Ha muerto. Aún llevo sangre suya en mis zapatos.

La miró, como hipnotizado. Ya no admiraba sus formas, sino que clavaba los ojos en las oscuras manchas del calzado de la joven. Brand Maxwell pasaba un mal rato. Donald hubiera querido saber por qué.

—¡Dios mío...! —le oyó musitar—. Es... Es increíble... Dos asesinatos... en una noche...

Se apoyó en la mesa, con ambas manos, abatido. Donald, rápido, tiró de la joven, alcanzando la puerta.

—Vamos —indicó—. Ese bastardo ha llamado ya a sus esbirros. Debí sospecharlo. Tiene un resorte en la mesa, siempre lo hizo así...

—Es inútil, Donald —suspiró Maxwell—. No intentes escapar. Ellos vienen ya hacia acá. Y si disparas, solamente lograrás poner peor las cosas. Tu arma es un juguete. Mis hombres llevan armas más contundentes, tú lo sabes...

—No me asustan tus gorilas, Max. En absoluto. Si es preciso tirar a matar, lo haré. Y este juguete puede agujerear tu propia piel, por dura que sea. Es mejor que no trates de retenerme. Estoy dispuesto a seguir en

libertad... hasta que caiga el verdadero asesino. Y hasta que yo pruebe que soy inocente, de eso y de lo de hace cinco años, recuérdalo bien.

—Es una locura, Donald. Una estupidez. No podrás hacer nada. Estás solo. Solo en un auténtico laberinto. Toda la ciudad lo será para ti, desde ahora. Un laberinto de asfalto, sin salida posible. Tendrás tras de ti a la policía. Me tendrás a mí... y posiblemente a Krasner. ¿Cómo esperas salir de ese cerco?

—Tú lo has dicho. Es un laberinto. Mi tarea es buscar la salida. Si hay una sola, la encontraré. Vamos, Beverly. Salgamos de aquí...

Se hallaban ya en el corredor. Por las cortinas de espesa pana roja llegaban los acordes del *burlesque* de lujo que era ahora el Variety. Se oían silbidos y aplausos de la concurrencia. Al fondo del corredor, procedentes de la escalera de acceso al local nocturno, venían dos hombres de *smoking*. Dos gorilas al servicio de Maxwell, bien los conocía Donald Lee, incluso a distancia.

Ellos se pararon al verle armado. Uno llevó la mano a su axila izquierda. Donald, rápido, disparó.

El arma pequeña hizo un estampido seco, sordo, potente para su volumen, aunque la música y el bullicio lo ahogaron en parte. Se replegaron los dos guardaespaldas al servicio de Brand Maxwell. Este observó, preocupado, cómo el estuco saltaba, de una columna junto a sus hombres, allí donde golpeó la bala.

—Está bien, tú ganas... por ahora —dijo con frialdad, mirando a Donald—. Dejadle, muchachos. Él se marcha con la chica. Ya le encontraremos más adelante. La ciudad es un gran cepo, de donde no podrás salir. Te lo prometo, Donald, muchacho...

Lee no respondió. Siempre reteniendo a Beverly consigo, abandonó el local, manteniendo ante sí el arma pequeña, de cuyo cargador faltaba ya un proyectil. Nadie intentó evitar su marcha.

Apenas pisaron la calle, bajo el luminoso parpadeante, Donald aceleró su marcha, alejándose del Variety a zancadas. Beverly apenas si podía seguirle, sin soltarse de su mano.

—¿Y ahora? —preguntó ella ahogadamente.

—Ahora, ya lo ha oído, Beverly. Estamos metidos en un laberinto de asfalto, del que hemos de intentar salir, sea como sea... si es que tiene alguna salida. Para usted y para mí.

Se perdieron en la noche. Nadie les siguió.

Pero Donald sabía que no hacía falta. Brand Maxwell le daba una ligera ventaja. Luego movería sus peones, sobre el inmenso tablero de la urbe.

Y empezaría la cacería humana. Con él, como pieza codiciada.

No tenía a quién recurrir. No contaba con amigos. Ni con la policía. Y Beverly, la muchacha, su compañera de peripecias, la única que podía ayudarle... era otra pieza de la cacería.

A estas horas, posiblemente, policías y psiquiatras andarían tras de su rastro.

Localizar a ambos en la ciudad era solo cuestión de tiempo.

Segunda Parte

EL CERCO

CAPÍTULO V

Brian Hendrick de Homicidios, cerró su agenda con un suspiro. La guardó en el bolsillo.

—Cada vez lo entiendo menos —confesó.

El director general del edificio de la Nueva Ciencia, profesor Isaac Polonsky, le contempló, con expresión grave. También Kim, dejando de enjugar sus ojos llorosos, enrojecidos. Y el profesor Ian Carter, todavía despeinado, con profundas ojeras y pálido rostro, sin haberse recuperado aún del impacto sufrido por la noticia del fin de Warren, su compañero y vecino de trabajo.

—¿Qué es lo que no entiende, capitán? —se interesó el profesor Polonsky, ceñudo.

—Todo esto —sacudió la cabeza—. Asesinan aquí al al profesor Warren. Al mismo tiempo, con diferencia de poco tiempo, acaso menos de un par de horas, una mujer es asesinada en otro punto de la ciudad, por un arma tan semejante a la utilizada en la herida del profesor, que los expertos suponen que es la misma. Un profesor de Biología y Cibernética... y una mujer de vida fácil. ¿Tiene eso sentido?

—Parece que no mucho —admitió Polonsky—. El profesor no era ningún mujeriego ni juerguista, esté seguro de ello.

—Tío Herbert hacía una vida muy regular y seria —avisó Kim, con voz ahogada—. Nunca tuvo relación con esa clase de mujeres...

—La creo, señorita Warren —declaró afablemente Hendrick—. Sin embargo, debe existir un nexo entre ambos hechos. No creo en casualidades. Alguien de este edificio es un asesino sumamente peligroso, y por las razones que sean, dos veces descargó el golpe en la misma noche...

—¿Cree que fue uno de nosotros el culpable? —se irritó Ian Carter, pestañeando.

—Es una posibilidad bastante sensata, aunque no descarto otras. Por ejemplo, un hombre llamado Donald Lee, estuvo esta noche en el *bungalow* donde la mujer fue asesinada. Escapó con el coche de ella, sin que se sepa

la razón. He pedido datos de él, que espero obtener pronto. En cuanto a la muchacha cuya pulsera hemos hallado aquí, según usted, señorita Warren, se trata de...

—Beverly Taylor, una amiga mía —asintió, Kim, humedeciendo sus labios nerviosamente—. Pero ella está internada por desequilibrio mental, según creo.

—Sí, también estoy intentando confirmar eso. Su tutor, el señor Mac Eveety, ya está siendo localizado por mis hombres. Comprobaremos si sigue internada o no. Hay demasiada gente extraña, en danza entre todos estos hechos... Pero sospecho que hay alguna relación poco clara entre la dama muerta en el *bungalow*, y su tío, el profesor Warren, muerto aquí hoy. Supongo, señorita Warren, que el nombre de Belinda Steel no le dirá nada.

—¿Belinda Steel? —Kim, la joven de cabellos color miel, se irguió, sorprendida—. ¿Cómo ha dicho, capitán?

—Belinda Steel —Hendrick entornó los ojos, clavándolos en la muchacha—. ¿Acaso le resulta familiar por alguna razón?

—Cielos, sí. Pero no lo relacioné con mi tío Herbert... —musitó Kim, con gesto de estupor muy vivo—. Ni creí que Belinda fuese... una mujer de vida fácil.

—¿Conoce, pues, a la dama? —el interés de Hendrick sí creció de punto ahora, acercándose a la joven sobrina del profesor Warren.

—Sí. La conozco. Si es que se trata de la misma Belinda Steel, claro.

—Lo sabremos enseguida. Adelante, señorita Warren. ¿De qué conoce usted a esa dama?

—Pues... Pues ella... era la prometida del profesor Fazetta...

—¿Fazetta?

—Sí. Frank Fazetta, un experto en Cibernética, alumno de mi tío —aclaró Kim—. Resulta extraño que no esté aquí ahora... Acostumbra a trabajar muchas noches en la investigación de datos biológicos, con la biociber.

—¿Qué es la biociber?

—Nuestra computadora biológica del piso alto —explicó escuetamente el profesor Polonsky—. Es la que nos sirve las fichas psicotécnicas y de identificación, diagnóstico o cualquier otra especialidad. El joven Fazetta se ocupa habitualmente de ella... en colaboración con la doctora Nilsen.

El capitán Hendrick no dijo nada. Paseó en silencio. Uno de sus hombres entró en el despacho de Polonsky, donde tenía lugar la reunión, y habló confidencialmente al capitán de Homicidios. Este se excusó ante los demás, escuchando a su subordinado. Cuando hubo terminado el cambio de impresiones, se encaró con los que le rodeaban.

—Señores, tengo algunos datos —declaró—. Donald Lee, el visitante de Belinda Steel, es un ex recluso. Estuvo cinco años en prisión, acusado de tráfico de drogas. En cuanto a su amiga Beverly Taylor, señorita Warren... ha escapado de la clínica donde estaba recluida por enfermedad mental. Tengo sus descripciones. Y parece ser que alguien vio alejarse de este edificio a esas dos personas, poco después de ser hallado el cadáver de su tío.

—¡No es posible! —exclamó Kim—. Beverly, con un delincuente...

—Una evadida de un sanatorio mental y un ex recluso —comentó Hendrick, ceñudo—. Bonita pareja para andar suelta por la ciudad, visitando lugares donde se cometen asesinatos sangrientos y brutales... Me temo que será preciso investigar eso, antes que ninguna otra cosa. Y puesto que usted conoce también a esa chica, a Belinda Steel, puede sernos muy útil, señorita Warren, a pesar de que resulte penoso para usted en las actuales circunstancias. Pero piense que se trata de saber por qué mataron a su tío, para dar con él responsable. ¿Está dispuesta a cooperar, señorita Warren?

—Sí —suspiró Kim Warren, inclinando la cabeza con gesto resignado—. Colaboraré, capitán Hendrick. Por mí tío Herbert, por usted, que fue amigo suyo... y también por Beverly, mi amiga. Tal vez pueda ayudarla a salir de las garras de ese delincuente peligroso...

—No quiero engañarla en eso —advirtió el oficial de Homicidios—. Tal vez sea su amiga culpable en vez de víctima. Recuerde que es una enferma mental, actualmente. De cualquier modo, debemos localizar cuanto antes a ese hombre y su compañera...

* * *

Kim Warren abrió la puerta de su apartamento de soltera.

Ya brillaba el sol sobre la ciudad, entre un nublado grisáceo, neblinoso. Había un elevado índice de humedad. En las primeras ediciones matinales, aún no se publicaba nada sobre los dos crímenes cometidos aquella noche en diferentes lugares de la urbe.

Cansada, con expresión triste y abatida, la joven sobrina del profesor Warren cerró tras de sí, encaminándose a su dormitorio para intentar conciliar un poco el sueño, antes de afrontar los preparativos del funeral y demás diligencias inevitables.

—Buenos días, Kim.

Contuvo difícilmente un grito agudo de terror. Contempló con estupor la figura que se alzaba repentinamente de detrás de una de las butacas de su

living.

—¡Beverly! —gimió, asustada, abriendo muchos sus ojos.

—No te asustes —sonrió serenamente la joven—. Veo por tu expresión que ya sabes lo que sucede conmigo. No te engañaron. Me he evadido de la clínica. Pero sí te engañaron en otras cosas. Mi tutor me internó allí para manipular mi herencia a su antojo. Sé que esto suena falso, pero es la pura verdad, Kim. No tienes nada que temer de mí. Soy tu amiga. Y tan inofensiva como siempre fui...

—Beverly... Cielos, todo el mundo anda en busca tuya... —jadeó Kim, recuperándose.

—Lo sé. Mía... y de él. De Donald Lee, ¿no es cierto?

—Pues sí, es cierto. Ese hombre... Es un criminal, Beverly, ¿lo sabías?

—Sé que estuvo en prisión —sonrió Beverly—. Pero fue por algo que él no hizo. Ha salido por buena conducta. Y quiere rehabilitarse, demostrar su inocencia.

—Parece que anda por mal camino para eso. La policía sospecha de él y de ti. Tú me entiendes, Beverly. No solo ha muerto tío Herbert, sino que...

—Sé todo, Kim. Donald Lee me lo ha contado. Belinda Steel ha muerto asesinada. Tú tienes una fotografía con Belinda Steel. La conocías, ¿no es cierto? También murió tu tío. Yo vi su cadáver, cuando fui a pedirle ayuda... como ahora he venido a tu casa, a pedírtela a ti.

—Cielos, Beverly, ¿cómo podría yo ayudarte? Además... no sé siquiera cómo pudiste entrar en mi casa...

—Un ex presidiario tiene recursos —sonrió Beverly—. Kim, no te alarmes, pero no vine sola. Donald Lee entró conmigo, utilizando por ganzúa un alambre torcido...

Y de una puerta situada al fondo surgió Donald Lee, con paso lento. Kim le miró, exhaló un gemido de terror... y se desvaneció.

Donald llegó justo a tiempo de tomarla en sus brazos y tenderla en un sofá. Miró a Beverly, apurado.

—Demasiadas emociones para unas horas escasas —dijo—. Pobre muchacha...

* * *

Beverly y Donald cambiaron una mirada. Luego fijaron sus ojos en Kim. Ella tomó otro sorbo de café. Los claros ojos se clavaban, insistentes, en Donald Lee. Era evidente que no advertía nada inquietante en el rostro enjuto y viril del joven.

—De modo que así están las cosas... —comentó Beverly.

—No os he omitido nada —confirmó Kim Warren—. Es todo cuanto sé, a través del capitán Hendrick. Le prometí mi ayuda para daros caza. Yo creía de buena fe que podíais ser ambos culpables. O cuando menos, uno de vosotros dos...

—Es una sospecha lógica —admitió Donald Lee, pensativo. Luego cambió de tema—. De modo que Belinda fue capaz de fingirse una muchacha decente, delante de ti, Kim, y del personal del edificio de la Nueva Ciencia...

—Exacto. Nos engañó a todos. Discreta, educada...

—Sí, Belinda era buena actriz —aceptó Donald, ceñudo—. Se pasó su vida engañándonos a todos. No debió serle difícil representar el papel de chica honesta. En cuanto a su prometido, dices que se llama...

—Frank. Frank Fazetta. Un joven investigador de porvenir. Tío Herbert tenía mucha fe en él.

—Frank... —recitó, arrugando el ceño—: «A Belinda, con mi amor. Siempre seré tuyo. Y tú mía. O de nadie».

—¿Qué? —indagó Kim Warren, sorprendida—. ¿Qué es eso?

—Recordaba algo; una dedicatoria apasionada. E inquietante —rebuscó en sus bolsillos, y extrajo la doblada fotografía—. Esta. Sin duda es letra de Frank Fazetta...

—No sé. No conozco su letra —Kim se encogió de hombros, leyendo la fotografía dedicada—. Pero parece ser el mismo, sí. No le creí tan apasionado, aunque tenga sangre latina.

—Me gustaría conocer a ese Fazetta... —comentó Donald, pensativo, mordiéndose el labio inferior—. ¿Qué clase de tipo es, Kim?

La joven sobrina de Warren hizo un gesto ambiguo al responder:

—Bueno, yo diría que es un hombre inteligente, vivaz y culto. Apasionado por su trabajo. Y de buena fe. Si Belinda le hizo creer que era honesta, él se tragó la mentira por completo, estoy segura. La trataba con una ternura y afecto realmente grandes. Es un muchacho guapo, fuerte, arrogante, moreno... Tiene sangre italiana en sus venas, como se advierte por su apellido.

—De modo que Belinda Steel visitó el edificio —reflexionó Donald—. Y Belinda tenía dinero últimamente... Se trataba con personas curiosas: científicos, artistas...

Sí, todo eso es sumamente interesante. Kim, tú estudias también, ¿no es cierto?

—Sí. Biología, como tío Herbert. Amplié mis estudios en Europa, durante algún tiempo. Precisamente de regreso de Europa, en el barco, nos

conocimos Beverly y yo, ¿no es cierto?

—Efectivamente. Hace ya de ello más de un año... —suspiró la joven compañera de Donald.

—Quince meses largos —sonrió Kim—. Tengo parientes en Londres y en Viena. Viví con ellos, estudié... y me reuní luego con tío Herbert, para aprender de él, para retornar a mí vida habitual americana, de la que estuve años enteros apartada. Era muy niña cuando dejé a tío Herbert. Y volví siendo una mujercita... ¡Dios mío, pensar que iba a suceder esto ahora...!

—A eso quería referirme yo, Kim. Tu tío trabajaba con el Gobierno. Supongo que los trabajos científicos del edificio de la Nueva Ciencia serán a veces *top secret*...

—Pues no sé. Supongo que sí, pero muy raramente. No hay allí secretos militares, sino solamente científicos, técnicos... Claro que todo lo del Gobierno puede ser alto secreto, pero tío Herbert nunca mencionó eso. Aunque lo cierto es que el edificio está muy controlado, y todo sometido a vigilancia estricta, pero eso también resulta normal en un centro investigador que depende de Gobierno federal, ¿no es cierto?

—Supongo que sí —Donald frunció el ceño—. Bueno, es solo una teoría que me pasó por la mente, pero el hecho de que Belinda manejase tanto dinero, se tratara con artistas extranjeros y buscase un enamorado científico... me hizo pensar en... en espionaje.

—¿Espionaje? —se sorprendió Beverly, pestañeando.

—Sí, eso dije.

—¡Espionaje! —el asombro apareció en el bonito rostro juvenil de Kim Warren—. ¡Cielos, no lo creo! Suena tan fantástico...

—Sé que suena fantástico, pero no es ninguna idea falta de razón. Un secreto, técnico o científico, puede mover a ciertas personas, interesadas en él, sin distinción de países... Eso explicaría muchas cosas.

—¿Incluso los asesinatos? —dudó Kim.

—Incluso eso, sí. Supongamos que Belinda se va a ir de la lengua, o que ya no es útil y cumplió su misión. Se la elimina. El profesor Warren pudo descubrir algo, relacionado con ese espionaje y sus autores... y fue a su vez eliminado por la misma persona o personas que participan en el juego. Todo razonable, ¿no?

—Lo importante sería saber qué secreto puede haber en ese edificio, que mueve a alguna potencia a actuar de ese modo —comentó Kim.

—Eso, nadie mejor que tú misma para averiguarlo, muchacha —habló Donald Lee.

—¿Yo? —se sorprendió ella.

—En efecto. Eres sobrina del profesor, tienes acceso al interior del

recinto, como investigadora que eres... Quizá si Hendrick conociera esa posibilidad, buscaría también en el mismo sentido.

—¿Cómo va a enterarse? A menos que se lo diga yo...

—No —negó Donald—. Seré yo mismo quien se lo diga.

CAPÍTULO VI

—¿Lee? ¿Es usted Donald Lee?

—El mismo, capitán Hendrick.

—¿Cómo se le ocurre la idea de telefonarme?

—Quería hablar con usted, y es el único modo de hacerlo. No se moleste en pedir a sus hombres que localicen la llamada. La hago desde un teléfono público, y colgaré mucho antes de que sus patrulleros estén por aquí. Voy a ser breve, de modo que escuche bien.

—Le escucho ya. Es usted muy osado, Lee.

—No, no mucho. No tuve suficiente valor para ir personalmente a verle —rio Donald.

—¿Por qué no?

—Usted lo sabe. Me haría arrestar como sospechoso. Para un ex recluso, cualquier sospecha es suficiente. Estamos marcados de antemano.

—He pedido su expediente policial y judicial. Lo voy a estudiar. Nunca considero a nadie culpable, en tanto exista una sola posibilidad de ser inocente.

—Gracias por el beneficio de la duda, capitán. ¿Por qué me habla de todo eso? ¿Para dar tiempo a que localicen este teléfono?

—Le doy mi palabra de que no he dado siquiera orden de localizar ese teléfono.

—Acepto su palabra, capitán. Sé que era amigo de Herbert Warren. Le juro que nada tengo que ver con ese suceso. Ni con la muerte de Belinda Steel. Ambos crímenes fueron obra de una misma persona... o personas. Mi papel en todo ello es accidental. Como el de Beverly Taylor.

—Esa chica... ¿está realmente enferma?

—Si le digo que no, ¿me creerá?

—Le hice una pregunta. He hablado con su tutor, Edward Mac Eveety. No me gustó el tipo.

—Tiene toda la razón para que no le gustase. Ella podría haberme engañado durante un par de horas o algo más, de ser realmente una enferma mental. Está tan sana como usted o como yo, capitán. ¿Por qué no investiga en la situación del dinero de la herencia de Beverly Taylor?

—¿Qué cree que estoy haciendo? —sonó una apagada risa del oficial de Homicidios—. Escuche, Lee, me gusta su modo de hablar. Me gustaría

hablar personalmente con usted, pero sé que no se fía de mí. Sigamos. ¿Por qué me ha llamado, exactamente?

—Quiero exponerle algo. Una teoría, capitán.

—Le escucho. ¿Sabe usted algo que yo ignoro?

—Sólo deducciones. Y algún detalle personal del asunto. Belinda Steel tenía dinero últimamente. Se trataba con gente muy especial. Investigue a un artista, un abstracto extranjero, llamado Basil Zertok. Expone en la galería de arte moderno Argos. Y a un antiguo rufián que se dedicaba al contrabando y que ahora viaja mucho por el extranjero: Kurt Krasner. Ambos creo que tenían estrecha relación con Belinda. Krasner ya la tuvo hace años, cuando era socio de Brand Maxwell, que por cierto, anda tras de mis pasos. Sospecho que Krasner me metió en el asunto de las drogas, para luego traficar él por su lado, sin problemas. Pero mis protestas de inocencia en ese terreno no tienen ya objeto. Lo que quiero es que averigüe algo sobre esos hombres y su relación actual con Belinda Steel. En cuanto a Warren... posiblemente sabía algo sobre alguien. O sobre un secreto científico o técnico del edificio de la Nueva Ciencia. Trate de saber si el Gobierno posee algo especial allí dentro que pueda ser alto secreto, importante para los extranjeros.

—¿Espionaje? ¿Es eso lo que sugiere?

—Sí. Fantástico, ¿no?

—No dije eso. Acabo de averiguar que la máquina de microfilmación de los laboratorios del edificio de la Nueva Ciencia trabajó anoche, antes de morir Warren. Posee un dispositivo que marca el número de veces que funciona, y el control ha descubierto que se manipuló una vez, obteniendo así cuatro microfilmes. La máquina conserva otro negativo, pero este fue arrancado de allí por alguien, sin dejar rastro de la filmación en película de dos milímetros que se utiliza en la máquina. Por eso he pensado yo también en espionaje...

—Eso significa que Warren obtuvo cuatro fotogramas...

—Los estamos buscando por todas partes, sin éxito todavía. ¿Algo más, Lee?

—No. Sólo me hubiera gustado saber si existía algo capaz de interesar a otra potencia, algo que justificara asesinatos, espionaje...

—Lo cierto es que llevan varios años investigando en el terreno de la biología y de la cibernética, pero no creo que haya nada especialmente sugestivo para un hecho así. Al menos, nada conseguido hasta ahora.

—De todos modos, no olvide mi consejo; esté vigilante. Algo puede suceder en ese edificio, en cualquier momento.

—No crea que deje de pensar en ello. Si al menos supiera qué buscan,

por qué mataron a Warren, por qué a la chica... Lee, ¿por qué escapó usted, haciéndose sospechoso?

—No reflexioné demasiado. En mi situación... ¿qué hubiera hecho usted, capitán?

—Tal vez lo mismo. ¿Piensa seguir ocultándose?

—Sí.

—Eso empeora su situación. ¿Por qué no confía en mí y viene a verme con la chica, Beverly Taylor?

—Lo siento. No puedo fiarme. Ni de usted, ni de nadie. Ella tampoco. Tiene miedo a ser encerrada de nuevo. Esa clínica es una especie de prisión. Ellos saben lo que hacen, pero cobran bien, y no dudan en internar a una persona sana.

—Dígale a su amiga que voy a investigar esa clínica. Y a su tutor. También estudiaré su caso. El actual y el pasado. Si cambia de idea, venga a mí. Trataré de ayudarle, no de hundirle de nuevo en un presidio, sin razón para ello. Todos los policías no somos iguales.

—Me gustaría pensar así —suspiró Lee—. Hasta otra, capitán.

Colgó. Brian Hendrick, pensativo, dejó el teléfono, y encendió un cigarrillo, con aire abstraído. Sus ojos brillaban, combativos, con un destello de astucia en el fondo de sus pupilas.

Pensó en aquel hombre a quién no conocía, Donald Lee. Al otro lado del hilo se reanudaba una loca e inútil carrera por toda una ciudad de millones de habitantes. Un hombre y una mujer, acosados por el destino, huían de este y de sí mismos. Era como dar vueltas en un dédalo tortuoso. El laberinto de asfalto no tenía salida.

Solamente una posibilidad tenían a favor; que se demostrase que ella era mentalmente sana. Y que él era inocente de los dos asesinatos cometidos en la misma noche.

Hendrick estaba seguro de que el único camino para averiguar esto último era el de descubrir al auténtico culpable. Pero, ¿quién era esa persona?

Por el momento, tenía que admitir algo poco agradable; se movía en la más completa oscuridad. No tenía idea alguna al respecto.

Contempló el teléfono, pensativo. Aquel hombre, su comunicante desconocido, Donald Lee, era la persona más interesada en ello. Su propia evasión a través de la ciudad, era al mismo tiempo una búsqueda. La de un culpable.

La idea que se le ocurrió era perversa. Pero podía servir. Sólo esperaba que las cosas no se le complicaran más a Donald Lee y a la chica.

—Después de todo, les persigo yo, los médicos psiquiatras, los antiguos

compinches y amigos de Donald Lee... ¿Qué importará que les siga alguien más... aunque sea un asesino? Ellos pueden ser el cebo para la gran pesca. Sólo espero rescatar ese cebo con vida, antes de que el asesino actúe con ellos...

Y decididamente, tomó el teléfono, descolgándolo. Marcó un número.

* * *

El titular de las ediciones de la tarde destacaba notablemente en primera página:

«¿Un problema de espionaje en nuestro ámbito científico? Donald Lee, un ex presidiario, posible testigo en un asunto internacional. La policía busca al hombre que parece saber más que nadie sobre el caso del asesinato del profesor Warren».

Todos los titulares de la tarde, más o menos, giraban sobre esa información, con muy ligeras variantes.

Beverly contempló a Donald, estrujando los diarios, que hundió con ira en una papelera.

—¿Qué ocurre, Donald? —indagó la joven fugitiva.

—Esos malditos periodistas... —refunfuñó Donald—. ¿Quién les ha dicho esa sarta de embustes para arrojar sobre nosotros a los asesinos?

—Donald, no debió llamar al capitán Hendrick. Ahora, si el asesino o asesinos nos buscan por toda la ciudad, habremos terminado de complicar nuestra situación...

—Hendrick... —Donald se dio una palmada en la frente—. ¡Claro está! El capitán Hendrick... El muy zorro... Él ha dispuesto ese truco. Es una sucia treta. Nos usa de cebo viviente. Y espera a que pique algún pez...

—¿Y... si pica?

—Pueden ocurrir dos cosas: que él llegue a tiempo y le eche la red definitiva... o no nos localice, y terminen con nosotros, encontrándonos ya cadáveres.

—Si la policía no da con nosotros... ¿cree que el asesino será más afortunado?

—Podiera suceder que sí. Estamos ante alguien sumamente listo, que actúa en la sombra y no comete errores. Warren hizo microfilmes de algo. No han aparecido. Resulta obvio imaginar que el culpable los encontró, ya que se apoderó también de los negativos archivados en la máquina. Pero imaginemos que Warren era tan listo como puede esperarse de un hombre como él, de rigurosa mente científica, y que además, sabía qué peligroso

asunto estaba manipulando. Entonces, resulta factible suponer que dividió esos fotogramas, ocultándolos. ¿Hallaría todos el asesino? Imaginemos que no. En ese caso... aún habría uno o más fotogramas de microfilm, dentro del edificio.

—Sí, ¿pero cómo localizar un celuloide de dos milímetros? Si el asesino no dio con él...

—Warren lo ocultaría donde alguien que no fuese el asesino pudiera hallarlo. Valdría la pena probar suerte en eso, Beverly.

—¿De qué modo? —pestañeó ella.

—Yendo al edificio, naturalmente.

—¿Nosotros? ¡Qué locura, Donald! Sería meternos solos en la trampa...

—Exacto —sonrió Lee—. Hendrick nos ha tendido ya una. Supongamos que, en vez de seguir huyendo, hacemos todo lo contrario de lo que él y otros esperan; vamos a un lugar peligroso. A la misma boca del lobo. Y buscamos el microfilm. Si damos con él, todo podría descubrirse.

—Y si el asesino da antes con nosotros... todo podría terminar para usted y para mí, Donald —se quejó ella.

—Conforme. Pero creo que vale la pena correr el riesgo...

* * *

Frank Fazetta era como dijo Kim Warren alto, arrogante, bien parecido y muy moreno. El perfecto meridional. Sus ojos oscuros, relampagueantes, se fijaron con sorpresa en su interlocutor.

—¿Quién ha dicho usted que era?

—Donald. Donald Lee.

—No sé quién es usted.

—Es igual. Mi nombre puede verlo en todos los diarios de la noche.

—Leo pocos diarios —miró la pequeña pistola que sostenía Donald. Ni pestañeó. Ni se movió, al volante de su coche, con Donald recién introducido en el vehículo, antes de que él pudiera abandonarlo, frente a su domicilio, en la alameda salpicada de árboles y césped, de aquella zona residencial—. ¿Es un salteador, simple y llanamente? Si es así, erró su víctima. Llevo escaso dinero encima, amigo.

—No busco su dinero. Creí que conocería este arma. Perteneció a una mujer llamada Belinda Steel.

—¡Belinda! —se dilataron los negros ojos del italoamericano, y hubo en ellos un centelleo agresivo—. Belinda... Esa arma... ¡Es ridículo! Ella nunca lleva... nunca llevó armas... No era una mujer violenta...

—De modo que ya sabe que ella murió, ¿no?

—Todo el mundo lo sabe. Me dieron la noticia. He hablado con el capitán Hendrick, de Homicidios, y... Pero, ¿quién diablos es usted y por qué tengo que hablarle de todo esto?

—Porque usted estaba enamorado de una mujer que no existía: una Belinda Steel amorosa, dulce y recatada.

—¡Ella era así! —rugió Fazetta—. ¡Todos mienten al hablar de ella!

—No, profesor. Hendrick le dijo la verdad. Yo... Yo fui amigo de ella hace años. No era recomendable. Hermosa, sí. Llena de encantos, también. Y bastante lista. Pero no la clase de esposa que convendría a un científico. ¿Dónde la conoció y en qué forma?

—Eso no le importa a usted. Ni a nadie.

—¿Se la presentó, acaso, un artista llamado Basil Zertok?

—¿Cómo supo...? —le miró, asombrado. Luego encajó las mandíbulas, con ira, casi violentamente—. Escuche, Donald Lee, no sé cómo se enteró de tantas cosas, pero no va a destruir la imagen que tengo de ella. Belinda ha sido asesinada por un canalla. Si usted tuvo algo que ver en eso, juro que le mataré con mis propias manos.

—Creo que lo haría, en efecto —suspiró Donald—. Pero no vale la pena. No se ensañe conmigo. Yo no fui. Busco al asesino, tanto o más que usted pueda hacerlo. Sospecho que está en un lugar que le es a usted muy familiar.

—¿Qué lugar es ese? —desconfió el investigador, ceñudo.

—El edificio de la Nueva Ciencia.

—Ya veo. ¿Relaciona lo de Belinda... con lo del profesor Warren?

—No es que lo relacione. Es que existe esa relación directa. La misma mano ejecutó a ambos, con un intervalo de menos de dos horas.

—¡Está usted loco! O pretende confundirme.

—No pretendo nada, Fazetta. Me han dicho que es usted un notable cibernético. Y alumno predilecto de Warren.

—Es cierto. Apreciaba mucho al profesor. Y aún no entiendo por qué tuvo que morir... El nunca hizo daño a nadie.

—No siempre mueren los que hacen daño. El crimen tuvo un motivo. Y quiero encontrar ese motivo. Usted puede ayudarme, Fazetta.

—¿Yo? ¿Por qué supone tal cosa? ¿Y por qué habría de hacerlo? Me amenaza con un arma de fuego, y luego me pide ayuda. Eso no tiene sentido.

—Lo tiene, profesor. Usted trabaja en ese centro de investigación del Gobierno. Usted sabe qué hay allí que pueda interesar a alguna potencia extranjera, a alguna organización internacional...

—Muchas cosas pueden interesar. Los estudios sobre biocibernética,

nuestros proyectos a largo plazo sobre las computadoras, aplicadas a la defensa civil de las naciones, pongamos por caso... Pero son temas a desarrollar en años enteros de estudio. ¿Por qué matar, ahora justamente, a un hombre como Warren, que tanto hubiera hecho en ese terreno de la investigación? Más bien sería un error de los espías. Aparte eso, ¿qué papel pintaría Belinda en una banda de espías?

—El de una mujer destinada a ser su esposa, pongamos por caso, sonsacándole datos, informes, obteniendo copias de trabajos suyos, y cosas así.

—Es ridículo. Ella no se hubiera prestado a eso...

—Le repito que no conocía bien a Belinda Steel. Ella sí se hubiera prestado, a cambio de dinero. ¿Sabe cuánto encontré en su coche? Diez mil dólares.

—Diez mil... Es mucho dinero para llevarlo encima...

—Algún pago reciente. Ese hombre, Basil Zertok, es europeo. Trabaja para alguien, estoy seguro, bajo el disfraz del arte moderno. Él les presentó a ustedes. Todo estaba a punto. Y de repente, tienen que eliminar a Belinda. Se hizo molesta para ellos. Tal vez peligrosa. O exigió más dinero o quiso extorsionarles. Y lo pagó con la vida. Mientras, el profesor Warren descubría algo, poniendo patas arriba el plan cuidadosamente elaborado. Entonces se le eliminó también.

—No puedo creerlo —rechazó Fazetta, perplejo—. Simplemente anteayer, cuando él doctor Glenn Colby, el joven encargado de la gran computadora biociber, y yo, con el profesor Warren, nos dedicamos a realizar las fichas técnicas de todo el personal del centro, archivándolas posteriormente, todo parecía tan normal en el edificio...

—¿Fichas técnicas? ¿Qué clase de trabajo es ese?

—Bueno, es complejo. Le costaría entenderlo. La biociber es la más completa computadora con que contamos. Hicimos un estudio de cada uno de los miembros de la plantilla del centro, de colaboradores, alumnos, psicometales y técnicos de cada uno de nosotros, en escaso margen de tiempo. Todo eso fue archivado debidamente, para disponer así de una minuciosa serie de datos que controlen a cada uno de nosotros. Hubo quien se lo hizo por pura diversión, como la sobrina del profesor Warren o como la señora Kendall, que cuida de la limpieza de la planta destinada a la biociber. Pero todos los demás lo hicimos muy seriamente.

—Ese joven Colby, el encargado de la computadora... ¿qué tal muchacho es?

—Oh, un excelente chico. Él y Kim Warren son medio novios, según creo. Colby estudió Cibernética en Inglaterra, y se conocieron en Londres.

—Sí, algo me había contado de eso la propia Kim. ¿Cree que esas fichas realizadas por la computadora tienen algún valor especial para alguien?

—No. Solamente para el centro. Y para control federal de todos nosotros —sonrió Fazetta, encogiéndose de hombros—. Imagine que allí figuran toda clase de datos, huellas, detalles personales, particularidades clínicas de cada uno y todo lo demás. Es un completo informe de todos nosotros, hechos por la fría perfección de una máquina.

—Supongo que esos informes estarán ahora archivados debidamente en algún lugar del edificio...

—Por supuesto. Hay datos indiscretos en ellos, como particularidades sexuales y cosas semejantes, que no debe nadie conocer, para no desvelar la intimidad de cada cual. Están archivados justamente en la misma planta donde mataron al pobre Warren.

—¿De veras? —Donald Lee enarcó las cejas, con repentino gesto de excitación—. ¿En... esa planta? ¿Cerca, tal vez, de la máquina microfilmadora?

—Al lado —pestañeó Fazetta, mirándole—. ¿Qué pretende saber ahora, amigo?

—Nada —dijo Donald, apretando los labios—. Gracias por sus informes. Es cuanto quería saber.

Abrió la portezuela. Salió a la acera. Allí se detuvo, contemplando pensativo al joven científico, ya con la automática hundida en su bolsillo. Fazetta le estudiaba, entre curioso e intrigado.

—¿Y ahora qué piensa usted hacer? —indagó el científico.

—Ahora... descubrir por qué mataron a Warren y a Belinda. Luego saber quién fue.

—¿Espera ir usted más lejos que la propia policía?

—Sí —rió Donald Lee—. Estoy al final del laberinto. Veremos si la salida me lleva a la libertad... o a la muerte.

Y se alejó, sin que Fazetta intentara dar la alarma ni informar a nadie de lo que acababa de sucederle.

CAPÍTULO VII

Frío, alto, luminoso, aséptico. Lineal y rígido como un bloque monolítico, hecho de vidrio, luz y metal.

El edificio de la Nueva Ciencia. El centro científico del Gobierno. Destacaba, incluso entre los demás rascacielos de la zona.

El automóvil de segunda mano, color azul oscuro, se detuvo discretamente en una esquina próxima. Las manos enguantadas se apoyaron en el volante. Los ojos escudriñadores se fijaron en el gran edificio encristalado.

—Sigo pensando que no debiste venir, Beverly.

La voz había sonado ahogada, grave, algo tensa. A su lado, se agitó la figura, más esbelta y menuda.

—Tenía que hacerlo, Donald —respondió la voz de mujer.

—Va a ser peligroso. Muy peligroso —avisó él.

—Lo sé. Pero no quiero quedarme sola. No deseo la soledad. Me aterra. Prefiero que suceda lo que sea, estando juntos los dos. Somos víctimas de parecidos destinos. Lo que sea de uno, será de los dos, ya que la fatalidad nos ha reunido en este horrible laberinto.

—Muy bien. Estate dispuesta a todo. No habrá cuartel, si esto resulta.

—De sobra lo sé, Donald. Estoy decidida.

Él no dijo más. Abrió la portezuela. Salió. Consultó su reloj. Era tarde ya. Las dos manos veinte minutos de la madrugada. Apenas si circulaba nadie. Beverly salió tras de él. Ambos miraron en torno, precavidos.

—En marcha —susurró Lee.

Se movieron hacia el edificio luminoso. Había total silencio alrededor. Y también dentro del edificio. La Ciencia también dormía.

No se encaminaron a la entrada principal, por supuesto. Rodearon el edificio. La entrada posterior estaba cerrada. Donald lo comprobó, al empujarla de pasada. Siguieron adelante, doblando la esquina, como si siguieran su camino.

—Cerrado —dijo entre dientes—. Como habíamos supuesto, Beverly.

—Bien... ¿Qué harás, entonces?

—Lo que había planeado —respondió él brevemente.

Regresaron de nuevo, con lentitud, como dos paseantes. Un patrullero uniformado dobló la esquina ante ellos. Rápido, Donald tomó en sus brazos

a Beverly. Unieron sus labios en un largo beso, estrechamente abrazados.

Con un carraspeo malicioso, el policía pasó junto a ellos y se alejó, silbando humorísticamente una canción de amor. Ellos siguieron basándose.

Cuando se separaron, el policía había desaparecido en una esquina. Beverly tomó aliento.

—Cielos, Donald —musitó—. ¿Siempre besas igual?

—No me he parado a estudiarlo —rio él entre dientes—. Lamento haber sido tan rudo. Pero era lo mejor.

—No te lamentes —sonrió Beverly, tocándose los labios—. Estuvo bien. Muy bien.

Siguieron adelante. Llegaron ante el edificio, nuevamente. Donald miró a ambos lados. No había nadie en las proximidades. Era el momento de intentarlo.

Eligió uno de los ventanales bajos, en sombras, de una zona sin iluminación brillante. Rápido, aplicó adhesivo sobre el cristal. Luego golpeó con la culata de su pistola, en diversos puntos, sobre el adhesivo. Se fue quebrando el vidrio. Tiró del adhesivo, y salió el círculo de vidrio.

—Es algo estrecho, pero pasaremos. Cuidado con manos y rostro avisó Donald en voz baja.

Lograron pasar por el boquete limpiamente abierto. Donald retuvo en todo momento el vidrio con sus manos. Luego, una vez dentro, aplicó el fragmento cortado, que el adhesivo volvió a unir, cuando menos provisionalmente.

A corta distancia sería visible la cinta adhesiva. De lejos, ni eso.

Avanzaron en la sombra. Era un sector oscuro aquel, pero pronto salieron a la cruda luz que dominaba todo el edificio. Largos corredores, vastas naves, escaleras blancas. Vidrio, mármol, piedra, madera lustrosa. Y luz. Mucha luz. Parecía increíble que en semejante lugar, hubiera podido cometerse un sangriento asesinato.

Beverly iba moviéndose junto a él, con sigilo. Su calzado, de suela de goma, no producía ruido alguno. El suelo, terso y reluciente, era resbaladizo, de puro limpio.

Se movían guiándose por instinto. Beverly conocía el emplazamiento del despacho del profesor Warren. Y hacia él se dirigían.

Pronto llegaron a él. Beverly se detuvo.

—Es aquí —señaló la puerta, al hablar.

Donald miró a lo largo del corredor. Probó la puerta. Cedió, suavemente, sin ruido. Entraron en el despacho en sombras. Cerró Donald tras de sí. Encendió una lámpara de mesa, que derramó un chorro de blanca

luz sobre el lugar donde trabajara Warren hasta morir.

—Bien —dijo Donald—. Ahora, busquemos...

Comenzó la búsqueda. Era como intentar hallar la clásica aguja en el pajar. Un simple microfilm, si es que existía, en una habitación repleta de objetos. Acaso, de existir, estaba encima del cuerpo del difunto, y no allí. Pero Donald tenía su idea.

Se inclinó. Sobre el teléfono. Alzó de la horquilla el aparato. Lo examinó. Lanzó una leve exclamación. En sus dedos enguantados asomó algo. Una pequeña pieza de celuloide, de unos dos milímetros.

—Lo sabía —dijo en voz algo elevada, excitadamente—. ¡Beverly, di con ello!

—¿De veras? —ella se volvió, con ojos muy abiertos y gesto de entusiasmo—. ¿Qué es, Donald?

—El microfilm. Ocultó uno en el último objeto que tocó; el teléfono. Aquí está.

—Y... ¿puede verse lo que reproduce esa película?

—Sí —Donald fue a la mesa. Tomó una lupa que había sobre la misma. La alzó, mirando el diminuto film a contraluz—. Puede verse, Beverly.

—¿Y es...?

—Lo que yo imaginaba; una ficha de la biociber... Espera que vea mejor a quién corresponde esa ficha...

—A mí, Donald —dijo la voz fríamente.

Se volvió, con gesto de sobresalto. Beverly gritó ahogadamente, repentinamente pálida, girando también la cabeza.

Ambos contemplaron a la persona que aparecía en la puerta posterior del despacho, la que daba al cuarto de aseo del profesor Warren.

—Tú... —jadeó Beverly.

—Sí, yo —afirmó fríamente Kim Warren, la joven y bonita Warren, con su minifalda de cuero por la parte alta de sus bellos muslos, con su cabello color miel, sus ojos claros... y una pistola provista de silenciador, encañonándoles sin contemplaciones.

CAPÍTULO VIII

Kim Warren.

La joven sobrina del profesor Warren. Ella...

—No, no es posible... —gimió Beverly, lívida—. Tú no...

—Sí, ella es —afirmó Donald—. Debimos sospecharlo, Beverly.

—¿Por qué? —sonrió fría, perversamente, la joven estudiante de Biocibernética.

—Porque todo concurría en ti, Kim. La historia del espionaje, y todo lo demás. Debí recordar que el profesor no te veía desde niña. Que cuando llegaste de Europa, él no podía saber que tú eras una impostora, y no la auténtica Kim Warren. Hasta que una simple ficha de computadora reveló tu identidad. El sabría detalles tuyos, sin duda; cosas como el factor Rh, como el grupo sanguíneo... Detalles que no coincidían en la ficha que, tontamente, cometiste el error de hacerte en la computadora.

—Eres muy listo —señaló el microfilm—. ¿Cómo diste con él?

—Bah, no tuvo importancia —Donald Lee la miró, muy fijo—. Kim Warren... La única persona no sospechosa... Enviada aquí para vigilar día y noche, para estar cerca del trabajo científico, libre de sospechas, hasta el día que se experimentase, la defensa civil electrónica...

—Sabes muchas cosas, Donald Lee. Lástima que te lleves todas a la tumba —rio Kim—. Con tu fiel amiga Beverly, por supuesto.

—¿Vas a disparar tú?

—No hará falta —rechazó ella, encogiéndose de hombros. Miró a la puerta de entrada al despacho—. Él lo hará...

—¿El?

Y al abrirse la puerta, pudo ver en ella a un joven con bata color verde claro, y el emblema del Centro de Investigación. El llevaba, en sus enguantadas manos, un largo; afilado estilete, algo así como un punzón de acero de doble filo y aguda punta.

—Supongo que es el joven doctor Colby, tu cómplice —suspiró Donald.

—Más que eso —masculló el recién llegado, con una mueca burlona—. El ejecutor de Belinda Steel, de Herbert Warren, el profesor... Ella, la falsa Kim, es el cerebro rector. Yo, el ejecutor.

—Por eso vinieron juntos desde Europa. Dos agentes perfectos. Un

plan lento, sinuoso, bien medido...

—Usted lo puso en dificultades —masculló con disgusto Colby—. He demostrado ser muy inteligente, hallando ese microfilm...

Con su mano zurda tomó la pequeña película.

Lanzó una imprecación. Kim le miró, sorprendida.

—¡No es! —aulló—. ¡No es el microfilm! ¡Es un simple trozo de película vulgar!

—¿Cómo? —estalló, atónita, Kim. Volvió su mirada hacia Donald Lee. Este había entrado ya en acción.

* * *

Su salto derribó por el suelo a Beverly, al tiempo que disparaba su pequeña pistola automática sobre Kim, arrancándole de las manos el arma silenciada.

Hubo un alarido de agonía tras él. Colby se tomó lívido. Sus ojos se desorbitaron.

—¡Kim! —rugió—. ¡Oh, no...!

Ya no había remedio. Acababa de clavar en el mismo pecho de la joven, sobre sus prietos y bien formados senos juveniles, el arma terrible. Aquel punzón de acero se hincó en ella hasta la empuñadura, con un barboteo horrendo de sangre.

Colby, desesperado, se precipitó al suelo, buscando el arma de su cómplice. Era tarde.

Desde la puerta llegó el estampido seco de un disparo de revólver. Un fogonazo y un impacto sordo, acompañaron al grito ronco de Colby, que dio volteretas por el suelo, herido en el brazo derecho.

Donald Lee se volvió hacia la entrada. Respiró hondo.

—Al fin nos conocemos personalmente, capitán Hendrick... —dijo con voz firme.

—Y muy a tiempo —masculló el policía—. Bien, Lee, ha logrado usted lo que se propuso, por todos los diablos...

* * *

—De modo que todo fue una jugarreta...

—Y de las buenas —rió Hendrick de buen humor—. Donald Lee no solo quiso hacer el papel de cebo que yo le había asignado, sino que se metió solito en la boca del pez, a riesgo de ser devorado.

—Por fortuna, usted vigilaba, como le pedí en mi segunda llamada telefónica... —dijo Lee con una sonrisa.

—Me temía alguna acción semejante a lo que hizo, Donald. Y monté guardia. Pero aun así, todo fue demasiado rápido, y estuvieron a punto de superarme los acontecimientos.

—Cielos, pensar que era Kim, una muchacha de quien nadie podía sospechar...

—Señorita Taylor, ese era precisamente el mejor triunfo para ellos, que nadie sospechase de la joven sobrina de un sabio. De no ser por esa ficha, que le reveló a Warren indicios falsos, detalles que no concordaban con los de su sobrina que él conocía de antes, nunca se hubiera descubierto la suplantación tal vez. Ahora hemos descubierto que un científico murió en este centro, hace tiempo, en un aparente accidente casual. Era un investigador europeo, que conoció a Kim en Europa. A la verdadera Kim, claro está. Ellos provocaron el accidente, antes de que pudiera hablar, revelando la verdad. Y la auténtica Kim también debió morir, por supuesto.

—El truco del microfilm dio resultado —sonrió Lee—. Yo sabía que ellos vigilarían el edificio, esperando mi acción... Y me hice el listo, cayendo en sus manos a todo riesgo. Pero lo cierto es que, quizá, el microfilm original nunca sea hallado. Warren se llevó el secreto a la tumba.

—Bien, Lee, muchacho. Ahora puede ir con la cabeza muy alta. Ha ayudado a su país, a la policía, y yo he podido probar que Krasner fue quien le traicionó entonces, metiéndole en un contrabando de drogas que usted ignoraba. Será rehabilitado. Y en cuanto a Beverly... El doctor Strauss y el tutor de ella van a la cárcel derechitos, por intento de estafa. No está enferma mental, ni habrá problemas para que recupere el dinero que queda tras dilapidar Mac Eveety la fortuna de ella...

—Final feliz —sonrió Lee. Y miró a Beverly—. No todo iba a ser malo...

—No, Lee —musitó ella—. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Para darle un final mejor... bésame.

—¿Qué?

—Sí, te gustó el beso, bésame como en la calle hiciste, Donald. Es el final feliz de los cuentos de hadas...

—Esto no es un cuento de hadas, Beverly. Pero lo más hermoso para terminar es, justamente eso; un beso... como el de antes.

Ella no dudó en colaborar.

El capitán Hendrick comprendió que estorbaba. Se ausentó.

Ellos seguían besándose.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en recomendar a
sus lectores la colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras
de

«CIENCIA FICCION»

debidas a la pluma de los au-
tores que mayor éxito han ob-
tenido entre los aficionados a
este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICÍACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España